

Globethics Repository

The logo consists of the word "Globethics" in white, sans-serif font, centered within a solid blue rectangular background.

Conjeturas (¿y refutaciones?) sobre amamantamiento [Conjectures (and Refutations?) on Breastfeeding]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Massó Guijarro, Ester
Publisher	Revista Internacional de Éticas Aplicadas
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-24 20:22:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/228352

Conjeturas (¿y refutaciones?) sobre amamantamiento: Teta decolonial

Ester Massó Guijarro

Universidad de Granada

ester@ugr.es

Conjectures (and Refutations?) on Breastfeeding: Decolonial Breast

RESUMEN: La lactancia materna ha constituido un campo de especial silencio, constreñimiento y exclusión epistemológicos a lo largo de la historia humana, genéricamente patriarcal. En aras de subvertir esta situación, el objetivo principal de este artículo es abordar la lactancia materna como objeto de estudio fundamental desde una perspectiva decolonial, en la que se defiende el amamantamiento como transc corporalidad, haciendo énfasis en la cultura de lactancia activista. Para ello, se afronta aquí algunos debates clásicos y contemporáneos sobre el amamantamiento, a saber: el dilema naturaleza frente a la cultura con respecto a la lactancia, los conceptos de empoderamiento y agencia con respecto a las nociones de culpa e imposibilidad de amamantamiento y, finalmente, el análisis de la condición feminista de la lactancia desde una visión ampliada de la subalternidad y la crítica fundamental del adultocentrismo. En definitiva, se propone una reflexión decolonial sobre el amamantamiento.

ABSTRACT: Breastfeeding has been a field of special silence, exclusion, epistemological constraint along the human history - generically patriarchal-. In order to subvert this situation, the main aim of this article is to address breastfeeding as a key object study from a decolonial perspective, in defending breastfeeding as transc corporeality, and emphasizing lactivism as lactation culture. To this end, some classical and contemporary debates about breastfeeding are raised, namely: the nature versus culture dilemma regarding breastfeeding, the concepts of empowerment and agency regarding notions of guilt and "breastfeeding inability" and, finally, the analysis of feminist condition of breastfeeding from an expanded vision of subalternity and fundamental criticism of adultcentrism. In short, a decolonial thinking about breastfeeding is proposed.

PALABRAS-CLAVE: Amamantamiento, lactivismo, decolonialidad, (trans) corporalidad lactante, feminismo, subalternidad

KEYWORDS: Breastfeeding, lactivism, decoloniality, lactant, (trans) corporalities, feminism, subalternity

1. Introducción: la teta como objeto de estudio fundamental

"In Western culture, men and women, generally speaking, have a problem talking seriously about breastfeeding. There are lots of reasons for this, but one of the most ingrained and taken-for-granted stems from the accepted view that because breastfeeding is such an immanently somatic, in-the-body practice, it is often viewed as morally, philosophically, and politically insignificant" (Shaw, 2004, 116).

El objetivo principal de este artículo es abordar la lactancia materna (denominada aquí metonímica y estratégicamente "teta"¹) como objeto de estudio fundamental en una reflexión de índole, sobre todo, filosófica. Sin embargo, dada la complejidad de los estudios sobre la teta y la limitación de este espacio, circunscribiré mi discurso al abordaje de determinados aspectos concretos de mi investigación sobre lactancia materna que he ido dejando sin resolver, o tratar con la conveniente amplitud, en artículos anteriores.

Si parte del título de este monográfico es "cuando los sujetos se embarazan"², podemos afirmar también que la experiencia de lactancia materna es la de un sujeto que se prolonga, y ya que cuando nace una criatura (cuando el sujeto pare tras embarazarse), lo que el sujeto reproduce no es todavía otro sujeto, sino lo más parecido a una prolongación de sí mismo, una criatura que durante mucho tiempo aún carecerá de autoconciencia en tanto que



sí, e incluso se concebirá, en gran medida, una parte del sujeto que le ha parido³. En la experiencia lactante es como, de modo estructural, básico y ontogenético, contemplamos la necesaria alteridad del ser humano, que nace siendo otro y como otro, para quien la experiencia de otro – una unidad con la madre –, una experiencia prerracional y prelingüística, es constitutiva y previa a la autopercepción de ser un sujeto independiente. Todo ello es alimentado y enriquecido (en todos los sentidos) con la experiencia de lactancia, de corporalidad lactante (Massó Guijarro, 2013b), de transmisión carnal, láctea, a través de la cual dos cuerpos se relacionan piel con piel, pegados, en una especie de beso extraño, en lo que tal vez sea la primera experiencia humana de carnalidad y sensualidad, que desborda con mucho la mera alimentación.

He llamado a los asuntos que abordo aquí, a modo de estrategia cognitivo-mayéutica, “conjeturas y refutaciones” como pequeño homenaje a la obra clásica del filósofo austríaco Karl Raimund Popper “Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del pensamiento científico”, publicada en 1963. En general, el pensamiento no es sino eso: una sucesión de conjeturas y refutaciones, revisables ambas. También este tentativo trabajo (como sabemos, la propia formulación de sus conjeturas y las posibles refutaciones ya implican una exclusión mental de muchas realidades). El término “refutaciones”, por otro lado, aparecerá siempre entre interrogantes en cada uno de los tres epígrafes principales, dada su condición de eterna revisión (siguiendo también el mismo esquema popperiano). Todas las conjeturas, además (así como sus ¿refutaciones?), se hallan ligadas entre sí, argumentativamente, en diversos grados; así, por necesidad dialéctica, ciertas cuestiones o posiciones se mixturán entre los diferentes epígrafes, en una articulación ciertamente partisana; en buena medida, estos tres epígrafes tratarán, más que grandes cuestiones o preguntas concretos y separados entre sí, tres amplios y debatibles conjuntos de temas y argumentos, que a su vez arraciman otras varias disputas secundarias que trataré de afrontar lo mejor posible (y asumiendo que habrá que dejar para el futuro algunos flecos que, si queremos ser honestas, siempre van a permanecer).

Antes de pasar a resumir las tres “conjeturas-¿refutaciones?” principales, es preciso exponer cuáles son el marco reflexivo y el posicionamiento principales de este artículo. Desde hace algún tiempo desarrollo una investigación sobre lactancia humana – sobre teta-, con énfasis en lo que considero una determinada cultura de lactancia contemporánea, a saber, el lactivismo (Massó Guijarro, 2015). La lactancia humana, como todo lo humano, es cultural; mas no solamente es cultural, también como todo lo humano; escribir desde el lactivismo constituye una opción epistemológica, a mi entender, que enmarca cognitivamente la teta como realidad biocultural (o usando otro término, acaso más ideológicamente cargado, culturaleza; de ello se tratará más adelante). El lactivismo, que ubico en el seno de la compleja diversidad de movimientos feministas, es o implica a un tiempo, como el mismo feminismo, activismo social y marco de estudios académicos. Suele definirse en su acepción más evidente de “activismo por la lactancia materna”, mas implica una concepción

fractálica u holística de la misma lactancia, como facticidad humana que supone lo que podemos llamar un poliedro reflexivo: lo político-doméstico (concretamente, la disolución de dicha dicotomía desde una economía del cuidado anticapitalista y el concepto ampliado de trabajo re-productivo), la vivencia de sexualidad-erotismo-deseo no adultocéntricos ni genitalizados, la mutualidad o ayuda mutua a través de relaciones de reciprocidad (sororidad, en cierto modo), etc., constituyen realidades que encontramos, experimentamos y estudiamos en la teta desde el lactivismo. Son todas ellas cuestiones que desarrollo con mayor detenimiento en otros trabajos y allí remito para su consulta⁴, pero encuentro precisa, al menos, su exposición sintética como declaración de posicionamiento: el desde dónde hablo previo al discurso. El conocimiento siempre situado.

Así, desde dicho enfoque de los estudios lactivistas de la teta, es como se presenta una reflexión decolonial⁵ (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2011) sobre el amamantamiento en tanto que campo de investigación, un singular territorio de fuerzas y encrucijada interseccional (Crenshaw, 1991), que supone un poliédrico objeto de estudio, del que ni siquiera es posible una enunciación unívoca, libre de equivocidades, sinonimias no exactas, fronteras porosas y denominaciones líquidas⁶. Se defiende una concepción decolonial sobre la teta o lactancia humana, ya que comprendo que hasta muy recientemente, precisamente a raíz de ese silencio de las propias “dueñas de las mamas” que tan bien describe Yalom (1995, 321), la lactancia humana ha sido leída desde concepciones patriarcales, con todas sus consecuencias (prácticas, políticas, epistemológicas); siguiendo el enfoque decolonial, la teta constituye e involucra una absoluta otredad epistémica, una otredad con respecto a la norma sancionada. (En el próximo epígrafe, a colación de las corporalidades lactantes como disidencia, se abundará en esta perspectiva.) De facto, no en vano en lo decolonial abarca la necesidad de despatriarcalizar (Sousa Santos, 2015) y, así, descolonizar la lactancia humana es también, en gran medida, despatriarcalizar la teta.

Nuestra primera conjetura (¿y refutación?) sobre la teta tratará de presentar uno de los dilemas clásicos, el de la naturaleza frente a la cultura, aplicado a la lactancia materna humana, y la pregunta recurrente de si ésta es naturaleza o cultura, de cuya respuesta dependería algo tan crucial como la cuestión (básica en el feminismo de toda época) de la esencialización y naturalización de las mujeres, sus maternidades, sus cuerpos... Se tratará de argumentar, o al menos abrir como línea de fuga epistemológica, una superación del debate a través de una superación de la dicotomía, que considero francamente errada, entre naturaleza y cultura, a través de conceptos y herramientas cognitivas como el de “biocultural” o “culturalidad”, siguiendo también la estela decolonial y su acervo (contra) epistémico.

Nuestra segunda conjetura (¿y refutación?) sobre la teta va a defender los conceptos de empoderamiento y agencia, como defensa ante o frente a otros dos grandes y reiterativos caballos de batalla de la lactancia y su promoción, a saber: 1) la cuestión de si el énfasis promocional de la lactancia materna debiera ser frenado ante la

sensación de culpabilidad de las madres que no puedan/no quieran amamantar; 2) la cuestión de qué significa exactamente no “poder” o no “querer” amamantar, en tanto que suele presentarse este discurso de modo acrítico y, frente a ello, una de las reclamaciones más fuertes del lactivismo es que, precisamente, la incapacidad percibida de amamantar es una consecuencia del desempoderamiento femenino generado por el patriarcado.

La tercera conjetura (¿y refutación?) sobre la teta tratará de abordar algunas críticas fundamentales ejercidas a la lactancia materna desde ciertos feminismos (que no todos: no olvidemos que la defensa de la teta se postula, también, desde otros feminismos, como es este mismo caso). Así, a través de una reflexión sobre cuestiones como ciertos prejuicios y el reclamo de cierto relativismo frente a ciertos derechos, y desde una postura radicalmente no adultocéntrica, asumiremos la incómoda pregunta (y también intencionadamente sofista, claro): “pero, entonces, ¿dar la teta es feminista o todo lo contrario?”

Debo reiterar que este artículo no pretende, en absoluto, la clausura de tales rizomáticas conjeturas y sus (aún más rizomáticas) refutaciones. Lo que sí pretende es, como decía, abrir líneas de fuga en ciertos debates canónicos; sí pretende abordar con algún mayor detenimiento cuestiones que he tenido que dejar, forzosamente, pendientes en trabajos anteriores (y ya que cada vez comprendo más mi propia investigación como un corpus o suma de intertextualidades, por la perenne condición provisional e inevitablemente inacabada del pensamiento mismo, y desde luego de mi propio pensamiento). En definitiva, sí pretende este trabajo continuar y animar –dotar de alma– el debate contemporáneo sobre la teta o, en los términos de Sousa Santos (2015), amplificar simbólicamente lo que no ha sido contado, según su sociología de las ausencias.

2. Apunte epistemológico y fenomenológico: las corporalidades lactantes como disidencia

“[...] theoretical approaches to the female body as a space in itself have stimulated new readings of the traditional gendered dichotomy of the private/public spheres, where the body-as-experience enters in performative dialogue with the two domains” (Alonso Recarte, 2012, 86).

Antes de pasar a afrontar las conjeturas descritas, conviene incidir, siquiera de modo epidérmico, en algunos posicionamientos epistemológicos clave desde donde comprendo la lactancia humana, así como algunos de sus elementos contemporáneos de mayor interés, bien porque hayan constituido olvidos y exclusiones pasados que hoy salen a la luz en los estudios sobre la teta, bien porque representen novedosos aspectos de su vivencia, o bien por la suma de ambos factores.

Reflexionaremos aquí sobre lactancia humana, sobre las corporalidades lactantes (Massó Guijarro, 2013b) que involucra, como subversiones estructurales de la norma contemporánea para los cuerpos de las mujeres; dicho de otro modo, se plantea la lactancia materna hoy y, especialmente, la corporalidad lactante que supone, como un desvío del cuerpo normativo y sus funciones para las mujeres madres hoy. Habita una profunda disidencia en la lactancia hoy en día, disidencia respecto del canon capitalista de producción y productividad, del canon individualista del cuerpo que solo se debe a sí mismo, del canon que prescribe limitar la mayor posible de las interdependencias o relaciones transcorporales (salvo el sexo adulto), especialmente si se establecen entre adulto y menor, como es el caso de la teta para la lactante adulta y el lactante menor.

Los cuerpos lactantes en el mundo contemporáneo están fuera de la norma. La norma es el individualismo, es la productividad, es la independencia; la norma es por supuesto un cierto canon de belleza física, además de la disponibilidad sexual permanente por parte de la mujer para la pareja adulta (mayoritariamente varón). Ello, aplicado a un cuerpo de madre, supone un cuerpo que se independice, a la mayor brevedad posible tras el parto, de su criatura para ser productivo, según un canon capitalista, y deseable, según un canon de erotismo adulto genéricamente masculino; y por ende, supone que su criatura se “independice” de su primer cuerpo de origen, pudiendo depender de otros a través de la nutrición por la (leche de) fórmula y el artilugio (prótesis, a fin de cuentas) que supone el biberón.

Amamantar constituye, en realidad, una idiosincrasia funcional (como se afirma en la diversidad funcional): crea una alteración de la normatividad individualista moderna para con el propio cuerpo; altera la condición de un cuerpo cerrado, exento, no fluido, que solo se debe a sí mismo (por ende, un cuerpo sin pechos con capacidad de eyectar leche nutricia para otro cuerpo análogo). La transmisión de leche en la relación de corporalidad láctea supone, así, una extensión de la interdependencia fisiológica que sucede también en el embarazo; supone una extensión de la ruptura de los límites individualistas entre cuerpos. Como ha reflexionado la filosofía y ha documentado la etnografía, “[...] el espacio del cuerpo es objeto de un número impresionante de prescripciones y prohibiciones” (Augé, 2004: 54); en esa medida, la equivocidad en los cuerpos lactantes, el desvanecer de los límites corporales que sucede inevitablemente en la relación lactante, desafían paradójicamente el sistema occidental de unicidad, univocidad e individualismo asociado a lo corpóreo, desarrollado por el dualismo cartesiano (y sus herencias) y también, hoy, prescrito por la economía neoliberal y la maximización de la producción material.

La lactancia materna, en tanto que transcorporalidad que solo involucra de forma directa una madre y una criatura pequeña aún sin género definido (y por tanto, particularmente, deja fuera al varón adulto), ha constituido un campo de especial silencio, constreñimiento y exclusión epistemológicos a lo largo de la historia humana, genéricamente patriarcal. En aras de subvertir esta exclusión, deseo

abordar aquí el amamantamiento como transcorporalidad, a saber: realidad en la que partes (fluidos) de un cuerpo pasan a otros, encarnándose un tipo muy singular de relación entre ambos (o más cuerpos), y constituyendo, así, un modo específico y peculiar de permeabilidad, de intercambio de placeres y virtualidades, de intersubjetividad e interdependencia; dicho de otro modo, de ruptura con el dogma de la individualidad.

Del mismo modo que se reclama esta heteronomía, frente a la autonomía proclamada en la modernidad occidental, como una perspectiva más acertada desde la que construir las relaciones éticas y psicológicas entre los seres humanos o las sociedades, en la lactancia sucede un establecimiento básico de heteronomía o altricialidad: hay dos partes que, en el momento de la lactancia, se complementan y precisan (y en el caso del bebé se puede hablar de una persona absolutamente dependiente, además). En el marco de una ética de la interdependencia (Guzmán Castillo et al, 2009) podemos discutir de forma especialmente pertinente el hecho de la teta.

Existe una dimensión, acaso la más insidiosamente silenciada, de profundo erotismo (amor sensual, según el diccionario) y deseo (movimiento afectivo hacia algo que se apetece) en la lactancia (Massó Guijarro, 2013b), entre otros aspectos. La sexualidad y el erotismo lactantes permiten pensar una forma de corporalidad que hasta ahora ha escapado de la mayor parte de los discursos hegemónicos. Vehicula, además, la impugnación del mantra ilustrado de la independencia y el individualismo, de las experiencias corporales intransferibles, de la unicidad de los cuerpos frente a la alteridad esencial de la condición humana: cuando se inicia la lactancia, justo tras el nacimiento, madre y bebé no constituyen, de forma clara y distinta, dos entidades corporales individuales. La noción de individuo se desdibuja en carnalidades tan irreductibles como la placenta, el cordón umbilical y, sobre todo, de modo crucial, la leche mamada, con sus múltiples sentidos, funciones, virtualidades.

Existe toda una fenomenología inexplorada en las corporalidades lactantes (los trabajos de Villarme Requejo -2015, 2012-, sobre esta interrogación en torno al cuerpo embarazado suponen una vanguardia reflexiva ad hoc para lo que sucede tras la disociación que supone el parto, pero que continúa a través de la relación lactante). Acaso la madre sí posea conciencia de sí (autoconciencia) tras parir, pero el bebé, incapaz de la alteridad o la mismidad, no la percibe aún como "otro", y tampoco la madre percibe al bebé como claramente "otro" –si no se interrumpe el continuum de contacto entre cuerpos–: existen numerosos testimonios de madres que cuentan cómo, si se alejan físicamente del bebé durante la lactancia, experimentan sensaciones de orfandad corporal similares a las de un miembro fantasma; hasta poco tiempo atrás, el bebé era parte de su cuerpo y así se sigue percibiendo, parcialmente, en el cosquilleo de los pechos al oír el llanto, en la prolongación de la gravidez que supone el calostro, en la imposibilidad del sueño si el cuerpo de bebe no está próximo...

La alteridad en la relación se delimita paulatinamente y resulta muy interesante explorar su evolución precisamente en lactancias prolongadas⁷, sobre todo porque son muy infrecuentes en nuestra sociedad y, por tanto, persiste un notable desconocimiento en torno a ellas; una ignorancia, por cierto, no exenta de prejuicios represivos al hecho en sí⁸. Cuando se mantiene una lactancia humana a lo largo de cinco años, por ejemplo, tratamos de una relación física y emocional entre dos (o más) personas donde ambas ya (no solo la madre) poseen personalidades definidas y deben acompasarse de modo distinto, respetándose, negociando, para poder vivir esa vinculación (psicoafectiva, erótica en un sentido singular) de modo satisfactorio; un lugar o tropos biocultural donde cada vez hay menos naturaleza e instinto, y más cultura y afectos mediados. Un lugar, en muchos casos, aún interpretado desde un prejuicio patriarcal básico enraizado incluso en los análisis feministas.

Sin embargo, el erotismo lactante no se trata del único rostro escamoteado o silenciado en el amamantamiento. La dimensión política de la lactancia, hoy claramente visible en el movimiento social del lactivismo o el asociacionismo lactante (Massó Guijarro, 2015), supone una ruptura de la dicotomía público-privado propia de nuestros divorcios epistemológicos más clásicos en Occidente. En esta dimensión política descansa también el reconocimiento de los derechos de los bebés y menores; vulnerables, aún no sujetos políticos, sin voz propia; subalternos por los que, todavía, hay que hablar, con lo que ello implica de suplantación y acaso erróneas hermenéuticas sobre sus posibles intereses.

Finalmente, antes de continuar, debo realizar un apunte metodológico. La base de mi investigación sobre lactancia son la etnografía y la teoría (antropológica y filosófica, especialmente). Sin embargo, este artículo, si bien se nutre de la exploración vivencial y etnográfica, va a ser de corte más especulativo, crítico y reflexivo, intentando abordar algunas cuestiones cruciales que, como decía, he ido dejando pendientes en otros trabajos o momentos textuales.

Por todo lo descrito, considero la teta susceptible de un enfoque o tratamiento decolonial (que se retomará más adelante al hilo de la subalternidad de los menores). Esa mirada se traduce en la metodología en lo que he llamado la recogida de herstories (usando el ya clásico escoplo del feminismo negro⁹), en una particular aplicación de la técnica de las historias de vida: en el lactivismo, lo que recogemos, ponderamos y trabajamos son las historias de vida (vía) láctea (Massó Guijarro, 2015)¹⁰.

3. Primera conjetura (¿y refutación?) sobre la teta: el falso dilema “naturaleza versus cultura” y la culturaleza de lactancia frente a la esencialización

“La presión a favor de la lactancia se encuadra en la cada vez mayor naturalización de las mujeres (Gimeno, 2011¹¹)”.

“[la lactancia como] un despliegue impresionante de la sexualidad humana, de la criatura y de la voluptuosidad jamás definida de la mujer; y presupone una fusión tan grande que madre y criatura forman un solo organismo. Sin embargo, la lactancia se presenta descafeinada, desposeída de esa libido y del placer que la acompaña, y con un vínculo apenas corporal. Como si todo quedara en el contacto puntual y superficial de la boca con el pezón, ocultando lo que sucede en el interior de ambos cuerpos. O como si sólo fuera un proceso de la fisiología del sistema digestivo” (Rodríguez Bustos, en Cuadra Garrido, 2015).

El gran debate sobre si la teta es naturaleza o es cultura (Maher¹², 1995) se halla lejos de resolverse, a pesar de que desde hace décadas las investigadoras sobre lactancia materna la reclaman como realidad biocultural (Dettwyler y Stuart-Macadam, 1995), que yo suscribo aquí. Desde esta perspectiva, tan inexacto es decir que la lactancia humana es algo meramente biológico como afirmar que sea algo estrictamente cultural. Ambas aserciones son falaces o incompletas. Que la lactancia humana es una realidad cultural es evidente por múltiples razones: hay tantas formas de ejercerla como tantas formas de destetar; la misma existencia a lo largo de la historia de las nodrizas (lactancia asalariada o mercenaria) o la lactancia en tándem suponen realidades esencialmente culturales, no presentes en otros lugares del reino animal. Así, ello resulta un hecho incuestionable para este análisis. No hay intención alguna de naturalización o re-naturalización.

Si bien es cierto que el discurso del lactivismo a menudo, coloquialmente, usa el argumento de la naturaleza (dar teta es lo más natural) o lo que yo llamo “retórica del instinto” (Massó Guijarro, 2015), no nos hacemos eco de este argumento, y entendemos que el movimiento lo usa en un sentido efectivamente coloquial, de difusión, no en un sentido de argumentación científica (y ya que tampoco es el objetivo del movimiento como activismo en sí; en cuanto a su faceta más académica, no existe uso acrítico reseñable de los términos “naturales”). Por otro lado, los textos científicos (desde las ciencias de la salud) a favor de lactancia no la defienden argumentando que sea “lo natural” sino aportando investigaciones contrastadas al respecto, fruto por tanto de la cultura intelectual humana (en este caso, por ejemplo de la epidemiología, de un modo análogo, por ejemplo, a decir que “fumar es malo” no porque no sea “natural”, sino por otro tipo de razones argumentadas; o del mismo modo que no decimos que un cáncer sea bueno por ser natural, aunque en cierto sentido es tremendamente natural que ciertas células evolucionen -decimos “se malignicen”- de cierta manera, y ya que para las células cancerígenas indiferenciadas, “crecer” es “lo natural”).

Sí hay en la lactancia, empero, un elemento de fisiología que no negamos, un elemento fisiológico crucial que, además, ha implicado y sigue requiriendo un corpus de estudio, conocimiento e investigación fundamental, en tanto que la teta también es fisiología. A menudo cuando se habla de "lo natural" podríamos sustituir por "fisiológico", que resultaría científicamente más ajustado, del mismo modo que las comadronas expertas no hablan tanto de parto natural como de parto "fisiológico". Podemos entender por este término (que probablemente sea lo que ciertos discursos lactivistas intentan transmitir, coloquial y popularmente, con "natural", y aunque el mismo movimiento está revisando sus nomenclaturas¹³) la apelación al funcionamiento físico-fisiológico-homeostático más apropiado de un proceso (incluso entendiendo que todo ello es también cuestionable, por ejemplo a la luz de reflexiones desde la diversidad funcional). Así, hay un modo "fisiológico" de hacer ciertas cosas... como defecar, respirar o parir, aun admitiendo la cantidad ingente de variaciones culturales al respecto: que las hormonas necesarias puedan fluir, que el cuerpo que pare (o defeca, respira o lacta) pueda comportarse de uno u otro modo, exactamente igual que un hígado sano se comporta distinto de un hígado enfermo, y lo primero es "fisiológico" y lo segundo no.

En ese sentido es como se habla, a veces, de que el pecho femenino (de la mayoría de los cuerpos "xx"¹⁴, si se quiere) está biológicamente preparado para lactar, hasta el punto de que si no lacta nunca, habiendo parido, aumentan sus probabilidades de enfermar o funcionar peor (de modo menos fisiológico), con una serie de consecuencias físicas secundarias en principio no deseables como mayor tendencia a la osteoporosis y riesgo de hemorragia uterina, de anemia, diabetes tipo 2, cáncer de pecho y ovario o depresión (Paricio Talayero, 2015; Paricio Talayero et al, 1999).

O del mismo modo que cuando una criatura humana nace, debido a su desarrollo cerebral (siempre) prematuro por cuestiones evolutivas, el fluido destinado biológicamente a terminar este desarrollo de modo óptimo es la leche materna (se puede continuar con un fluido producido en laboratorio, pero hay evidencia científica sobrada de que este fluido es incomparablemente menos útil para el desarrollo neurológico de este cerebro prematuro, e igualmente hay consecuencias varias que comprometen la salud de esta criatura). Nada más allá (ni nada menos) que esto subyace a hablar de "lo fisiológico". Obtener consecuencias o mandatos culturales (deberes supererogatorios, que diríamos en ética por ejemplo) de estas ideas es otra cuestión.

Vinculado a la lactancia materna, el debate de si es "esencializante" tratarla de cierto modo complementa el de la dicotomía naturaleza-cultura. Voy a abordar un ejemplo bien relacionado. A menudo suele argüirse los fabulosos trabajos de Nancy Scheper-Hugues (1997) en las favelas brasileñas para mostrar que eso dado en llamar "instinto maternal" en realidad no existe o, al menos, para negar la universalidad de un supuesto "instinto maternal" autoevidente. Sin embargo, encuentro de nuevo un falso dilema en esta antigua disputa. Lo que me pregunto es, en definitiva, si

realmente necesitamos la pregunta por el instinto: ¿era "instinto" o no el de las madres de las favelas que fabulaban una historia mágica para conseguir asumir la muerte (a menudo inducida por una cuestión básica de supervivencia de otros hijos por ejemplo) de sus bebés?

En el mundo humano asumo que toda disposición biológica posee una concreción cultural; esto resulta hoy incontestable, no solo desde la antropología. Sin embargo, ello no hace desaparecer el hecho de que hay, efectivamente, un elemento biológico poderoso en ciertos fenómenos, como es primordialmente la lactancia. En el caso de las madres humanas, si se dan ciertas circunstancias cuando están embarazadas y paren una criatura, sus cuerpos se comportarán de una u otra manera, emitirán unas u otras hormonas... del mismo modo que lo haría una criatura cyborg que poseyera una determinada respuesta comportamental a ciertos estímulos concretos. Una madre humana que pare en un entorno poco intervenido, con niveles bajos de estrés y que puede relacionarse corporalmente con su criatura sin interferencias tras el parto, suele presentar un comportamiento hormonal determinado, que a su vez favorece ciertas percepciones mentales subjetivas. Esto no es esencialización ni hay valoración moral en ello; son datos: la luz fuerte dispara la adrenalina, por ejemplo, lo que a su vez interrumpe el flujo oxitócico (no solo en un parto, por ejemplo; sucedería en otro tipo de experiencia sexual, como un coito adulto). Por supuesto, no hablamos de nada "necesario": si la misma madre humana pare en circunstancias distintas, su cuerpo se comportará de otra manera. De momento no hay ahí, insisto, ningún juicio de valor.

Los diferentes contextos en estas realidades pueden llevar a que estas personas se sientan mejor o peor, más o menos enfermas, más o menos fuertes o felices o satisfechas. Hay ciertos contextos y protocolos que ciertas personas-madres-humanas prefieren escoger porque hay indicios claros (y más que indicios, pruebas) de que resultan mucho más satisfactorios para ellas que otros (hasta el punto de que ya se ha acuñado el término "violencia obstétrica", refrendado por la OMS, para denunciar las prácticas menos deseables en los entornos reproductivos¹⁵). Hay una opción en estos posicionamientos, una opción autónoma, informada, racional, y por supuesto hay una cultura detrás de todo ello, aunque hablemos de hormonas y de reacciones químicas. Un periné cortado con unas tijeras tras un parto suele padecer más complicaciones que un periné no cortado (desgarrado o no de modo espontáneo). Un útero que ha parido sin medicalización excesiva, en el cuerpo de una mujer que ha comenzado la lactancia temprano, deja de sangrar antes que si no concomitan aquellos hechos, incrementándose el bienestar general de la persona. Y así un largo etcétera. Podemos enjuiciar estos hechos de muy diversos modos, pero difícilmente podríamos ver que la opción de no respetar la fisiología de todos estos procesos (por mor de no naturalizar a sus protagonistas) sea mejor para las personas involucradas (madres, bebés y entorno cercano) que la opción de respetarlos.

El “instinto” (o simplemente amor, emoción positiva) maternal en la madre humana no es, desde luego, algo universal ni autoevidente ni que surja siempre por sí mismo. Determinadas formas de cultura, o de interferencia cultural, pueden potenciar o minimizar la inclinación o el afecto de una madre hacia el bebé (igual que de un padre u otra progenitora femenina, pero no abundamos ahí porque no es ahora el caso que nos ocupa), por no decir “instinto”, un término que acaso no nos haga falta. Pero todo eso no significa que siempre deba ser minimizado eso que llamamos “instinto” (o vínculo) maternal, o que siempre sea deseable que se minimice, o que sea absolutamente relativo que se respete, se potencie o no en según qué contextos¹⁶. Muchas madres parecen sentir como una forma absoluta de violencia y alienación que les “arrebaten” a sus criaturas nada más parirlas, por ejemplo, para realizarles un reconocimiento médico protocolario que ya se ha probado innecesario en ese momento, interrumpiendo el continuum de contacto que ambas desean profundamente (como lo desean dos amantes adultos, en otras circunstancias... y probablemente tampoco querrían interrupciones) y que les haría sentir maravillosamente bien a ambas.

Regresando a Muerte sin llanto, resulta cuando menos curioso que se concluya como prueba de que el amor maternal no es algo dado. Por supuesto que hay una construcción cultural en el amor maternal, pero pensemos en la interpretación que las madres de las favelas promovían para asumir “sin llanto” la muerte de sus bebés, de aquellos bebés a los que ni siquiera se habían vinculado, como apunté más arriba. Estos bebés no eran para ellas simples trocitos de carne prescindibles; la interpretación emic expresaba que estos bebés eran “ángeles”, destinados a una mejor vida temprana en el cielo. Esta interpretación, desde un punto de vista emocional y psicológico, es absolutamente elocuente con respecto de los sentimientos afectivos de estas personas: la única forma de soportar la situación, de normalizarla, era convencerse de que los bebés a los que no se iba a poder cuidar (y cuya muerte, en verdad, a menudo se inducía) eran “ángeles” del cielo.

No hablo de instinto o de amor maternal a secas, con toda su carga histórico-ideológica... hablo de afecto, de relaciones afectivas importantes. Es un logro evolutivo clave en el homo sapiens la capacidad de desarrollar afectos y compromisos complejos, interacciones afectivas de este tipo entre personas... lejos de haber algo criticable o sospechoso (“idealizado”, se dice a menudo) en ello, es de gran sostenibilidad para la especie y de facto es lo que subyace, en un sentido filogenético, a realidades globales hoy como la declaración universal de derechos humanos o conceptos culturales como ubuntu¹⁷ (Figueras, 2010; Massó Guijarro, 2009). Ello tiene que ver también con la importante altricialidad de nuestra especie: el cerebro más complejo nace también más prematuro, lo que requiere de un tiempo de dependencia de cuidados sumamente prolongado¹⁸.

Todo esto, finalmente, se conjuga o complementa asombrosamente como el clásico debate sobre la política como praxis o como techne: ¿amamantar es algo aprendido

o algo natural? ¿Es un conocimiento popular o bien hay que estudiarlo como una técnica? Isaiah Berlin y Maquiavelo. Pues bien, a raíz de nuestro trabajo de campo, podemos afirmar que la lactancia humana, en su nutrida complejidad, es ambas cosas, precisamente por su condición biocultural: es (puede ser, ha sido) una praxis aprendida culturalmente, popularmente transmitida en una forma de sabiduría, sociabilidad e intervención que hoy intentan reproducir y recrear los grupos de lactancia; y es, sobre todo en el último siglo, una indudable *techne*, una técnica, es decir, un amplísimo ámbito de estudio para las ciencias de la salud (dejando lo social a un lado), que no cesan de hallar novedades en las utilidades del calostro o en las consecuencias neurológicas y emocionales que lactar posee para criaturas y madres (por extensión, la sociedad). El lactivismo como movimiento social (como marea ciudadana, como definiendo), supone además una fabulosa conjugación de ambos: es tanto sociopolítico como científico, como muestra el carácter de sus congresos, donde conviven mesas redondas de experiencias compartidas sobre lactancia y conferencias de expertas internacionales sobre cómo solucionar satisfactoriamente la anquiloglosia para una mejor lactancia, por ejemplo, o cómo los bancos de leche (otro inmenso campo de estudio para explorar) salvan la vida de neonatos altamente prematuros.

Estas argumentaciones pretenden contribuir a la superación del debate entre lo que considero, en fin, falsas dicotomías como la de instinto o naturaleza frente a cultura. Claro que el amor/instinto maternal en la especie humana no se da siempre ni por necesidad. Hay situaciones en las que suceden interrupciones o disrupciones del afecto, o de ciertas corrientes hormonales (con su reflejo en la percepción emocional de la mente) que resultan muy convenientes o placenteras para las personas involucradas. La cuestión es si esto no requiere mayor análisis o juicio, o si resulta que no siempre es deseable, o incluso la mayoría de las veces no es deseable la ocurrencia de estas disrupciones; si son deseables para la mayoría o no, si sus consecuencias son positivas o no... y aquí nuevamente volvemos a desembocar en la cuestión ética y nomológica.

Así, en definitiva, ¿dónde empieza y dónde acaba lo que haya de natural o cultural en facticidades como el parto y, muy especialmente, la lactancia humana? ¿Es realmente necesaria esta pregunta? ¿No resulta más rico y acertado el debate si intentamos, antes que abundar en aquellas fronteras cognitivas o ideales (fruto del eterno dualismo platónico occidental), avanzar en la comprensión de su porosidad, de su ficción incluso? ¿Si intentamos mejor prosperar en la comprensión de que naturaleza y cultura, para el caso de la teta, forman un inextricable, fructífero y sugerente tándem, acaso solo comprensible con enfoques como el del paradigma de la complejidad (Morin, 2001) o conceptos como el de autopoiesis (Maturana y Varela, 1990), por ejemplo?

En otro lenguaje o acervo conceptual, podríamos bien hablar de la lactancia materna, la teta, como una forma de como culturalidad, auspiciándonos del interesante concepto de Toledo y Barrera-Bassols (2008), por el que se considera la naturaleza

y la cultura un binomio inseparable, con una mutua implicación dialéctica. Para estos autores, el dualismo que separa la naturaleza de la cultura, perpetrado por la ciencia moderna, es minoritario y no universal con respecto a la inmensa mayoría de cosmovisiones no occidentales¹⁹:

“En muchas regiones del planeta, no se concibe que humanos y no humanos se desarrollen en mundos incomunicables y conforme a principios separados; el ambiente no se objetiva conforme a una esfera autónoma: las plantas y los animales, los ríos y los peñascos, los meteoros y las estaciones, no existen en un mismo nicho ontológico definido por su falta de humanidad” (Descola, 2012).

Si bien el neologismo “culturalaleza” cobra vida en un contexto reflexivo sobre la agroecología –no en vano Barrera-Bassols es, además de antropólogo, geógrafo-, y con la necesidad de reapropiación de cosmovisiones indígenas (subalternas) sobre la tierra y el uso de recursos y etnopaisajes, resulta de gran interés para nuestro contexto por su negativa a disgregar los elementos naturales de los culturales: frente a la modernidad, la tecnociencia y el desarrollo, las culturalalezas reclaman las costumbres, los saberes locales y el buen vivir (con valores como la polisemia, la polivalencia, la multidimensionalidad, lo orgánico o la inteligencia). Todo ello es, en gran medida, lo que hace y reclama el lactivismo con la teta²⁰.

Finalmente, hablar de lactancia no reduce ni naturaliza ni esencializa por necesidad a las madres humanas; antes bien, lo que sí reduce, naturaliza y esencializa la lactancia humana es considerarla, meramente, un acto de nutrición, un proceso de la fisiología del sistema digestivo, como afirma Rodrigáñez Bustos en la cita que encabeza este epígrafe, y por tanto sustituible sin mayor discusión (por un biberón, por la leche de laboratorio...), escamoteándole la rica y vibrante pluralidad de sus rostros.

4. Segunda conjetura (¿y refutación?) sobre la teta: decisiones, culpas, promoción de lactancia... Empoderamiento y agencia

“Los significados que se han atribuido a los pechos a través de la historia raramente han expresado los sentimientos de las mujeres en relación consigo mismas. Solo recientemente, en medio de un revoltijo de voces características, han empezado las mujeres a hablar abiertamente de sus pechos [...] Esta multiplicidad de significados indica el lugar privilegiado que ocupa el pecho femenino en la imaginación de los humanos” (Yalom, 1997, 321).

Hay dos aspectos en este segundo epígrafe que vamos a discutir, y que constituyen dos grandes caballos de batalla del movimiento lactivista; en general, dos ámbitos de debate y contienda muy enconados, y en los cuales pienso que existen persisten notables confusiones y falacias agregativas en torno a los distintos argumentos en liza. Ambos puntos se relacionan; en cierta medida, el segundo complementa un

aspecto del primero; sin embargo, creo que merecen un tratamiento, al menos en parte, diferenciado. Los cito aquí de forma breve, para desarrollarlos a continuación:

- 1) La culpa, o la idea de que el lactivismo culpabilice (o genere discursos públicos de culpabilidad o sentimientos de culpabilidad) a las madres que eligen no amamantar. Discutiremos, en primer lugar, que los discursos lactivistas emitan culpabilizaciones de forma explícita o implícita y, en segundo lugar, que las sensaciones subjetivas negativas (vg. culpa) que los individuos concretos puedan sentir ante una determinada demanda social legítima, deban ser motivo para el cese o la limitación de dicha demanda.
- 2) La idea de que las madres que no amamantan lo hagan siempre porque “lo eligen”, lo que da una sensación de autonomía que se halla, con alta frecuencia, muy lejos de la realidad. Esta es una cuestión que debe ser bien problematizada, ya que a menudo en una aparente “libre elección” habita una desinformación o una falta de poder y agencia, como hemos podido ver. (Desde ya aclaro, para no generar confusiones o errores, que no incluimos en este punto a madres que, contando con información razonablemente pertinente, sí deciden, en ejercicio de su agencia libre, no amamantar a sus hijos por la razón que consideren²¹. Hay además declaraciones expresas al respecto, tanto en los libros de divulgación recientes más usados sobre lactancia como en las plataformas lactivistas, al respecto no juzgar a estas madres ni referirse a ellas, sino, exclusivamente, dirigir y ofrecer la información a quien sí la quiere y la necesita - Massó Guijarro, 2015; Medina Hernández, 2010-).

Comencemos por la “culpa”. Uno de los elementos centrales del debate público sobre la lactancia materna, y gran embate del feminismo clásico, es el de la “culpa”: parece que, al existir una supuesta “presión” social para que las madres amamanten²², las que no lo consiguen (o no lo desean) corren el riesgo de desarrollar un sentimiento de culpabilidad que confluye con ese discurso histórico patriarcal-opresor sobre “ser una buena madre” (como obligación, es decir, estar sometida al yugo del hogar y la crianza, como “destinos no deseados”), y “si no lo eres, culpabilizarte”²³. Para evitar esta supuesta conjura, se opta por el craso relativismo: que lo haga quien quiera (dar o no el pecho²⁴), en pie de igualdad con el biberón, y que públicamente no haya una “presión” al respecto; ello en el mejor de los casos, cuando no una abierta crítica (“estoy en contra de la lactancia materna”²⁵). Con que no haya presión pública, se entiende que no haya información en realidad: que no se celebre congresos, que no se cuelgue carteles o se organice talleres en los centros de salud primaria; que no haya, en fin, discurso público alguno al respecto, ni desde la sociedad civil (como es el caso de las diversas plataformas lactivistas) ni desde la iniciativa gubernamental en materia de salud pública.

En el epígrafe próximo se tratará, a colación del adultocentrismo y la perspectiva de los lactantes menores, de este relativismo en cuanto a la lactancia, tan extendido

entre sectores estudiosos de lo social desde cierto feminismo. Debo insistir que me resulta en realidad tan cuestionable como si afirmáramos, por ejemplo, que los “buenos tratos” entre las parejas son “opcionales”, renunciando a cualquier forma de pedagogía social. Títulos muy populares como el de “A favor de las malas madres²⁶” (Esteban Galarza, 1999) nos suscitarían muchos problemas si sustituimos “malas madres” por “malas parejas o malos maridos”, por ejemplo, o incluso “malos padres”; cuando, en realidad, en una pareja compuesta por dos adultos se presupone autonomía en ambas partes, mientras que la criatura pequeña de una “mala madre” difícilmente podrá defenderse, buscar recursos, llamar a un teléfono, etc. En otro sentido, ¿por qué igualarnos “a la baja” moral, por así decir, en lugar de intentar elevar el nivel moral de la sociedad (Singer, 1993), enfatizando por ejemplo la necesidad de que el modelo de paternidad –de hombres- se maternalice, como apuntan estudios sobre una nueva paternidad (Long et al, 2014; Catalá, en este monográfico)? Aquí hemos entrado ya en la cuestión mucho más amplia de la crianza, desde la que regresamos a la lactancia.

En tanto que desde tantas disciplinas los beneficios para los seres humanos (no solo las criaturas sino también las madres lactantes) son reconocidos y probados, afirmaciones como que amamantar o dar biberón sean equivalentes resultan altamente problemáticas, y el relativismo a este respecto nada baladí. En una era de profunda reflexión sobre lo decolonial y, sobre todo, lo subalterno, resulta cuando menos alarmante que desde sectores supuestamente críticos (feministas) se relativice de un modo tan romo sobre los derechos y el bienestar de las madres y de los más subalternos, a saber los menores, sin voz política, sin derecho al voto, etc.

Analicemos algo más de cerca la cuestión. En cuanto que el lactivismo propone y defiende ciertos aspectos de claro calado ético en las interacciones humanas, sí hay un elemento de búsqueda de universalizabilidad en su lucha. Sin embargo, de ahí nunca se da un paso discursivo a la culpabilización de madres que no opten, por la razón que sea, por la misma elección. De hecho, los grupos lactivistas son los grandes defensores de: 1) la autonomía de la madre; 2) la idea de que la lactancia humana es una cosa de muchos, que no será viable si fallan los apoyos básicos, y de ahí encabeza movilizaciones por la mejora de políticas públicas, por la mayor implicación de las parejas y familias extensas, etc. (Massó Guijarro, 2015).

Por otro lado -y yendo al quid de la cuestión-, si criticamos la promoción de lactancia materna por deferencia a madres que no amamanten, para evitar su sensación de culpabilidad, entonces habríamos de criticar, por ejemplo, el 15-M, FEMEN, los grupos ecologistas, vegetarianos y veganos o de cualquier otra índole, ya que promueven éticas según las cuales resulta más moral seguir cierto tipo de conducta (y ello no por motivos de costumbre, estéticos u otra índole, sino con una argumentación ética clara) que otro tipo de conducta, y concluir que tales grupos deberían acallar sus luchas por deferencia a las personas que no sean vegetarianas (o lo que corresponda), no sucediera que se sintieran culpables. Ello por cierto,

entre otros aspectos, denotaría un gran paternalismo, o incluso a un buenismo neutralizante de la ética, una especie de "neoliberalismo" de los valores que es al fin lo que persiguen los movimientos neoconservadores (el anarquismo de derechas, por así decir).

Dicho de otro modo, claro que la persona vegetariana o vegana que apela a los derechos de los animales, o la persona de Intermón-Oxfam que insta a que donemos un excedente monetario de nuestro sueldo para salvar la vida de otras personas, o el activista de Greenpeace que se encadena a un roble centenario, consideran que la que ellas promueven resulta una conducta más ética que su alternativa. Pero de ahí no se realiza un paso argumentativo que conlleve una culpabilización personalista para quien no escoja tal opción. La búsqueda de virtud (moral argumentada, no hablamos de una costumbre) en una sociedad no ha de ser mirada con peligrosidad solo por el hecho de que la virtud completa, la utopía perfecta, no sea alcanzable, o incluso porque haya otras opciones en contienda. Y, mucho menos, porque haya potenciales personas que puedan llegar a sentirse culpables si no siguen la misma conducta²⁷.

La otra gran cuestión que debe ser problematizada es la aceptación acrítica de que haya madres que "no pueden amamantar" (Bartlett, 2012); a menudo nos hallamos, en relación a esta cuestión, con falsos dilemas que enmascaran situaciones de desempoderamiento, y esto lo ha documentado profusamente el lactivismo ya que lo protagonizan madres que hablan de sí mismas, desde el concepto de ayuda madre-madre. Hay mucho que analizar, pues, en el razonamiento, que suele presentarse de modo acrítico, como hecho sin reflexión posterior, de que las mujeres "no quieren/no puedan" amamantar, y el sistema sanitario las agobie con esta insistencia²⁸. ¿Por qué hay mujeres que "no quieren/no pueden"? A priori, evidentemente, la decisión y el criterio de la persona individual son los que cuentan y los que serán respetados desde la perspectiva de la autonomía. Sin embargo, una observación más detenida nos ofrecerá con frecuencia la realidad de que la "decisión" de no amamantar no es, muchas veces, una "decisión" real sino una resignación, por ejemplo ante la falta de apoyo (de la pareja, del entorno), o ante la falta de información y de cultura al respecto, o ante la falta de asesoramiento sanitario -útil, oportuno y actualizado- cuando surge un problema de salud ("tuve una mastitis y me quitaron la teta", "me tuve que tomar medicación para infección de orina y me quitaron la teta"... tantas herstories en este sentido), una sensación apriorística de falta de confianza en el propio cuerpo y las propias capacidades ("quiero amamantar cuando dé a luz a mi bebé, pero veremos si puedo, si tengo suficiente leche... claro, eso nunca se sabe, a veces se puede y a veces no", "quiero amamantar, si puedo"), y un largo etcétera de situaciones que pueden interpretarse mucho más como de indefensión estructural para muchas madres que como una decisión informada y autónoma. Como bien afirma Barlett (2010) en su lúcido análisis: "Furthermore, the choices between breastfeeding or not are culturally weighted, so that breastfeeding is often a choice to do what is right rather than what is desired or even culturally valued".

Y no hay paternalismo alguno en aquella argumentación. Existen, como dijimos arriba, decisiones informadas (al menos lo suficientemente) de mujeres que optan, incluso a priori, por no dar el pecho, y han de ser respetadas (lo que no obsta para que exista un discurso público que defienda genéricamente la lactancia). Pero tal realidad no ha de invisibilizar o escamotear la otra realidad de muchas madres que lo desean y no lo han logrado por diversos motivos “ajenos a su voluntad” por así decir. O que, por supuesto, para evitar que quien opte (madres, padres, entorno) por no dar el pecho no se sienta mal, no podamos defender una opción que posee, desde muchos puntos de vista, ventajas y bondades muy superiores a la opción alternativa. O, por encima de todo ello, el hecho constatado de que la lactancia humana es, comparativamente a la lactancia artificial, beneficiosa en grado sumo para madre y bebé, en lo fisiológico, en lo emocional, etc., siempre, por supuesto, cuando sucede en condiciones apropiadas (la sexualidad puede resultar una experiencia muy negativa si no sucede en situaciones deseadas, pero no por ello decimos: sexo sí o no, solo para quien quiera, y no hablemos públicamente de ello para que, quien sea infeliz al respecto, no se sienta mal... no, las mujeres hemos reclamado nuestros clítoris, y los estudios revisados sobre sus maravillosas virtualidades sin par, aunque por desgracia hay mujeres que “no se lo encuentran” y puedan sentirse profundamente frustradas y tristes por ello). Como afirma Wolf (2006, 397):

“El valor de amamantar y las razones por las que las mujeres son incapaces de amamantar con éxito han languidecido como asuntos sin importancia para las feministas. Esta falta de atención continúa frente al énfasis en otros asuntos importantes sobre la salud femenina, como la contracepción o el aborto, el cáncer de mama y ciertas prácticas obstétricas. Sin embargo, docenas de estudios recientes que comparan el impacto en salud de la lactancia corta y prolongada frente a la [leche de] fórmula, parecen demostrar que pocas actividades en la vida tienen el potencial de contribuir tanto a la salud de mujeres y niños como la lactancia” [la traducción del inglés y la cursiva son mías].

El reconocimiento de los sentimientos negativos, las expectativas incumplidas, la culpa y su superación, es un tema fundamental de debate y trabajo en los congresos de lactancia, los talleres y encuentros lactivistas o los cursos homologados de formación de asesoras de lactancia. Uno de los aspectos cruciales, y regresando al primer punto de este epígrafe, que se enfatiza es precisamente el aspecto de la culpa: jamás, jamás, culpar a una mujer que no amamanta, y siempre, siempre, respetar su decisión sea cual sea. Informar y respetar. La autocrítica a este respecto, la conciencia ética del respeto a la autonomía, es realmente encomiable en este movimiento y no lo he encontrado en otros movimientos sociales²⁹ (Massó Guijarro, 2015). Tal vez, precisamente, porque las lactivistas son las primeras conscientes de las particularidades y especificidades que su movimiento implica, cómo la imbricación física, carnal, psicológica, familiar, etc., de la cuestión de dar la teta, implica decisiones y realidades singulares donde se ha de extremar el cuidado y la delicadeza del respeto a cada experiencia individual. El discurso de las asesoras de

lactancia, en fin, no puede estar más alejado del paternalismo o la culpabilización, y sí tan absolutamente próximo al empoderamiento real de la madre a través de una información actualizada, proporcionada con respeto (en pie de igualdad, de madre a madre como insisten siempre, horizontalmente).

5. Tercera conjetura (¿y refutación?) sobre la teta: prejuicios, relativismo, derechos... “pero, entonces, ¿dar la teta es feminista o todo lo contrario?”

“Es importante detenerse a valorar cómo se relacionan las políticas de redefinición o resignificación de la realidad con sus respectivas políticas reivindicativas [...] Hablamos de dialéctica porque la dialéctica nos remite, como mínimo, a dos significados que queremos enfatizar: al proceso de debate interno y avance en las polémicas y al continuado proceso de autoconciencia, de quienes somos y a dónde vamos, proceso que lleva implícito una continua reelaboración del tema de la identidad. Es el problema del sujeto del feminismo y, en última instancia, el problema del sujeto de la comunidad humana (Miguel Álvarez, 2015, 192) [el énfasis es mío].

Teta y feminismo: la pluralidad del sujeto colectivo

“Mientras fui una mujer blanca, sumamente entregada al trabajo, que jamás caía enferma y que veía el mundo desde el punto de vista imperante, es decir, el masculino, no fui capaz de percibir los hábitos que con tanta frecuencia se asocian a los problemas de salud femeninos. Mientras me consideré separada de las demás mujeres, no logré comprender que esos hábitos forman parte de la lucha de muchas mujeres por ser completas.

El hecho de tener a mis hijas y de esforzarme por equilibrar mi trabajo y mi familia me hizo cambiar de una manera en que ninguna otra cosa lo habría logrado. En lugar de aprender de libros y profesores, comencé a aprender por experiencia lo que quieren decir las feministas con la frase: «Lo personal es político». Comprendí que no existe eso que se llama «madre a media jornada». Una vez que una mujer tiene un hijo, ese niño forma parte de ella las 24 horas del día, de una manera que nadie puede comprender hasta que le ocurre. Yo no estaba preparada para el dolor del corazón que se me producía cada día cuando dejaba a mi bebé para ir a trabajar. También comencé a poner en tela de juicio mi vieja idea de que el cuidado del bebé y la maternidad no son un verdadero trabajo. Inmediatamente comprobé que estar en el trabajo era en muchos aspectos infinitamente más fácil que estar en casa con dos niñas pequeñas. ¡Podía hacer tantas cosas! Como buena hija del patriarcado, rendía culto en el altar de la eficiencia y la productividad” (Northrup, 1994, 17) [el énfasis es mío]³⁰.

La pregunta de si dar el pecho es feminista o no se antoja, si no ociosa, al menos sí fruto de un sofisma fundamental: en principio, no hay respuestas ni verdades absolutas en las realidades humanas. Existe una indudable pertenencia epocal

de los conceptos, por la cual el término feminista requiere cada vez de mayores matizaciones y apellidos. Dicho de otro modo, lactar puede ser, como tantas otras cosas (la sexualidad adulta, la pornografía, las intervenciones quirúrgicas en los genitales...), muy feminista o todo lo contrario; muy liberador, o todo lo contrario.

Desde que empecé a interesarme por la lactancia, conocí un profundo feminismo en el hecho lactante, especialmente en su dimensión política de lactivismo y tal y como lo vivían, experimentaban y narraban tantas madres. En tanto que el lactivismo es un movimiento social que promueve, en primera instancia, empoderar a las madres y la agencia femenina, que las madres decidan sobre cualquier otro poder, entiendo que se trata de un movimiento profundamente feminista (lejos quedan aquellos tiempos, entre los años sesenta y setenta del pasado siglo, en los que, como afirma Maher -1995, 1-, la maternidad no era una cuestión primordial para el feminismo en Occidente). Sin embargo, creo que efectivamente el término "feminista" se queda corto, no agota en absoluto lo que el lactivismo busca y, desde luego, no siempre hay una identificación de la pluralidad inmensa de madres lactantes con el término "feminista", sobre todo teniendo en cuenta lo poco que ayuda un gran sector del feminismo (pensemos de nuevo en los términos "fascista", "dictadura" o "totalitario" señalados más arriba).

Cada vez estoy más convencida de que el lactivismo excede o desborda el feminismo. Por otro lado, pocos campos hay –justo es reconocerlo– tan plurales, tan heterogéneos, tan precisados de matiz, tan en la periferia fronteriza, en fin, entre disciplinas, enfoques y políticas, como la maternidad, la crianza el cuidado a menores (vulnerables, aún no sujetos políticos, sin voz propia; subalternos por los que, todavía, hay que hablar, con lo que ello implica de suplantación).

En mi investigación, pues, defiendo por qué el lactivismo es feminista de un modo rotundo, pero comprendiendo un feminismo que desborda su mera concepción ilustrada. Los sujetos colectivos poseen siempre un cariz crucial de ficción epistemológico-política, un carácter de constructo estratégico y político útil, pero necesariamente incompleto e imperfecto, heterogéneo y poroso (cfr. Mouffe, 1992). La inserción del "nosotros colectivo" lactivista en el "nosotros colectivo" feminista (del mainstream, si se quiere) es ineludiblemente problemática (de ahí artículos como el que tienen en sus manos).

Por mi parte, sin intentar afirmaciones universales, voy a tratar de pergeñar un discurso, como vengo haciendo en el resto del artículo, donde se reflexione en torno al feminismo (o no) de la lactancia desde una perspectiva inclusiva, que tenga en cuenta en el fenómeno factores culturales y biológicos, así como todos los sujetos implicados directamente en la corporalidad lactante: tanto las madres o dueñas de las mamas y la leche que eyectan, como las criaturas menores que reciben y provocan esa misma eyección, en primera instancia. Es decir, no podemos hablar de lactancia desde el feminismo hablando solo de las mujeres madre, no al

menos con pretensiones de legitimidad ética. Asimismo, pues, tengo en cuenta las consecuencias que a menor y mayor escala implica el fenómeno. Esta no es una respuesta perfecta, pero sí al menos pretende serlo algo más compleja e inclusiva, desde una perspectiva feminista ampliada o posfeminista o de los derechos. En definitiva, lo que intento es pensar desde un feminismo (¿acaso posfeminismo?) que no puede comprender la lucha por los derechos de las mujeres sin hacer referencia esencial a la lucha por los derechos de las personas humanas en general, incluso las no humanas (el caso de algunos animales, como los grandes simios -Cavalieri y Singer, 1998- y animales en general -Singer, 1993-). como estructuras indisolubles, especialmente tras la discusión sobre el mismo sujeto “mujer” que ya ha sucedido.

Considerar la lactancia materna como asunto exclusivo “de mujeres”, entendiendo por ello un particular concepto tradicional de mujer, constituye un poderoso fruto epistemológico más del patriarcado. Cuando hablamos de lactancia humana, podemos asumir perfectamente que no hay solo dos géneros, y también que no hay solo dos sexos biológicos. Podemos hablar, sencillamente, de cuerpos, de personas, de madres, de criaturas... con capacidad de lactar, se denominen o no a sí mismas “mujeres” o de otro modo. Ha sido, en fin, una cuestión política de dominación asignar al hecho de la lactancia una determinada connotación cultural de género, y unas determinadas funciones domésticas o (no) políticas, o incluso (muy especialmente) impolíticas.

La antropología de género, también la biología, han documentado ya sobradamente cómo la construcción cultural del sexo sucede en condiciones históricamente variables, contingentes y no necesarias. Incluso se ha reconocido “terceros géneros” en otros momentos y sociedades, y por supuesto sucede hoy con el movimiento LGBTQ. Hay un porcentaje apreciable de estados intersexuales entre los seres humanos. Es una cuestión de alcance ético documentarlo, reconocerlo y finalmente normalizarlo, y a ello no puede ser ajeno el discurso sobre la teta.

Lactar lo hacen dos cuerpos: bebé, que por cierto aún no sabe lo que es (carece de identidad subjetiva reconocida) y mamá, un cuerpo que puede lactar pero que puede muy bien no identificarse con las asunciones tradicionales de una determinada cultura sobre lo que es ser mujer, o sobre el deseo sexual hegemoníicamente legitimado en una mujer (hacia un hombre). Es crucial, pues, en definitiva, deslindar la lactancia materna de los códigos de género binarios. Deviene muy importante que todo tipo de personas –mujeres y no solo mujeres, también hombres, también personas que no se identifican con ninguno de estos dos géneros- puedan identificarse con la lactancia materna, con sus bondades, con su conveniencia, si esta quiere plantearse realmente desde su diversidad. Los discursos culturales que se le pueden acarrear o atribuir han de tender a ser lo más diversos posible. Es ilegítimo continuar relacionándola con “ser muy mujer”, y más aún, en un único sentido de “ser mujer”³¹.

Vinculado a ello, uno de los aspectos más precisados de análisis detenido en las reflexiones contemporáneas sobre crianza realizadas desde la antropología o

la filosofía es, precisamente, el rampante relativismo que suelen presentar con respecto a las diversas formas de trato a bebés y menores, frente al “secuestro femenino” de la cuestión, es decir, el hecho de escorar dichos enfoques solamente al ámbito de los derechos de las mujeres (su mayor o menor autonomía, por ejemplo, concibiendo esta como la “liberación” con respecto al cuidado de las criaturas que generan). Del mismo modo que, que cuando hablamos de lactancia, no podemos hablar solo de los menores lactantes, tampoco podemos hablar solo de mujeres. Por ello, precisamente, defendía más arriba que el abordaje del amamantamiento debe realizarse desde una perspectiva decolonial, que tenga en cuenta todos los agentes implicados en la cuestión que nos ocupa (y muy especialmente los subalternos, en este caso: tanto madres que no cuentan con autonomía global para decidir como menores sin voz pública) y no tanto, estrictamente, desde un mero feminismo ilustrado; si se prefiere, desde un planteamiento posfeminista (a lo Butler) o desde los feminismos poscoloniales, a mi juicio más amplios. Como afirma bell hooks (en *Third World Viewpoint*, 2003):

“Para participar en la lucha revolucionaria por la autodeterminación colectiva de los negros, he de implicarme en el feminismo porque se ha convertido en el vehículo para proyectarme como mujer en el corazón de la lucha, pero el corazón de la lucha no arranca del feminismo. Arranca de entender la dominación y de la crítica de la dominación en todas sus formas. De hecho, creo que es peligroso pensar que el punto de partida es el feminismo” [el énfasis es mío].

Insisto, con hooks: entender la dominación y criticarla en todas sus formas. Así, la teta es y puede ser feminista en tanto en cuanto seamos conscientes de la pluralidad de formas de dominación y seamos incluyentes en nuestra lucha contra ellas (aquí, de nuevo el análisis interseccional –Crenshaw, 1991- resulta crucial, así como la lúcida reflexión de Mouffe -1992- sobre el sujeto plural del feminismo).

Trataré de justificar algo más el porqué de estas preocupaciones. Resulta cuando menos incómodo el olvido, casi pagado de sí mismo, que encontramos en textos (pergeñados desde la antropología) como el ya citado, muy popular, “A favor de las malas madres” (Esteban Galarza, 1999): el olvido de las criaturas, con el adultocentrismo a la base. ¿Qué nos parecería un texto titulado (por más que entienda en aquél la búsqueda desafiante con el nombre, etc.) “A favor de los malos maridos” o incluso “de los malos padres”, por aproximar aún más la analogía? Una reflexión de calado ético en toda esta cuestión es precisa, insoslayable e improrrogable, porque dar o no el pecho, al final, no tiene que ver solo con las mamas de las madres sino, muy especialmente, con las criaturas que se escogemos traer al mundo. Y recordemos: ser madre no es un destino universal de las mujeres, ni de nadie; por eso es una opción, y cuando se opta, se contraen deberes morales en tanto que la especie *homo sapiens* es moral³². Por supuesto, la responsabilidad es colectiva, hablemos también de la responsabilidad de la sociedad, del padre, de la otra madre, o de la familia extensa en conjunto³³... pero no admitamos expresiones como la de

“mala madre”, para combatir la “romantización” de la maternidad, aplaudiéndolas incluso desde una academia que habla tanto de lo subalterno.

No voy a quedarme en el relativismo a ese respecto. He eludido esta cuestión en otros lugares, ya que me parecía fundamental incidir que amamantar es también un interés y un bien para las madres, en tanto que una de las imágenes más poderosamente patriarcales que aún perviven es la del amamantamiento como sacrificio de la buena madre. Sin embargo, no voy a eludir aquí la cuestión de la adultocracia que ejercen indiscriminadamente muchos discursos feministas, empobreciéndose a mi juicio y limitando los objetivos y las pretensiones éticas del feminismo como lucha social a un solo sector del mundo, generando exclusiones aún más tajantes que las que se desea desactivar. (En otras palabras, algo más pedestres, hacerme más feminista no puede pasar por hacerme más adultocéntrica.)

Hay una responsabilidad ética y social para con las criaturas que generamos. La alternativa no es la “madre perfecta” (o, insisto, padre perfecto, abuela perfecta, tía perfecta...). Desde la psicología se ha elaborado conceptos tales como “madre suficientemente buena” (o, concretamente, “maternaje” y “paternaje” suficientemente buenos) (Reichert, 2011, 184ss), por ejemplo, precisamente para “relajar” la idea de la madre o padre perfectos sin perder de vista un horizonte ético en las relaciones parentales. Del mismo modo que hoy no concebimos eludir un horizonte ético en las relaciones de pareja, por ejemplo, y ayer era perfectamente admisible que el esposo golpeará o dominara a la esposa (Massó Guijarro, 2010), tampoco podemos admitir la elusión de unos parámetros éticos fundamentales en la crianza y la educación primal³⁴. El mismo término “paternalismo” habría de ser revisado, ya que él se admite sin ambages o discusión el autoritarismo vertical, por ejemplo, lo que genera de facto seres propensos al autoritarismo vertical, tal y como describía Fanon (2009) en el contexto colonial.

Uno de los grandes silencios, así, si no el mayor, que encontramos en todos los discursos y discusiones teóricos feministas en torno a la lactancia materna (más allá de los discursos claramente favorables a la misma) es, precisamente, el de los excluidos, el tipo de excluidos que hoy vindicamos y que no han sido sino los excluidos seculares, históricos: los que no saben escribir, los que poseen un desarrollo intelectual menos avanzado para contender dialécticamente, los que carecen de dinero propio, los que no son mayores de edad y por tanto no pueden votar, los que ni siquiera pueden hablar... Efectivamente, el silencio de las criaturas lactantes, para el caso que nos ocupa.

6. Teta y subalternidad: contra el adultocentrismo

"Patriarchy means that the relationship between mother and child is defined or even controlled by the cultural emphasis or social institutionalization accorded to relationships involving adult men in dominant positions" (Maher, 1995, 23).

"Si pensar el problema desde el punto de vista de los bebés nos provoca conflictos a las mujeres y a los adultos en general, es que algo no está bien. ¿Quiénes pueden hablar en nombre de los bebés humanos, que no tienen voz?" (Medina Hernández, 2010).

Encuentro una utilidad específica en el concepto de subalternidad aplicado a los menores para el caso que nos ocupa. Así, me centro exclusivamente en la comprensión de lo subalterno en relación a las criaturas humanas que nacen y si son o no amamantadas. Hablar en este contexto de las criaturas (potencialmente) lactantes, los bebés y niños/as pequeños, desde el concepto de subalternidad, o como subalternos, supone en cierta medida un préstamo epistemológico o, dicho de otro modo, una expansión semántico-cognitiva. La noción de subalternidad surge para dar cuenta de la condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista. Si bien Engels, Lenin o Trotsky lo usaron con frecuencia (no así Marx), fue Gramsci (2000) quien desarrolla su densidad teórica en los Cuadernos de la Cárcel (Modonesi, 2012, 2). Evidentemente hay una cierta distancia en el uso de subalterno del Gramsci encarcelado para el caso que nos ocupa, pero existe también una igualdad de condiciones a la base. Acaso la mayor diferencia se halle en que, por razones obvias de desarrollo cerebral y de autoconciencia, las criaturas nacidas no son capaces –psíquicamente, por así decir– de la percepción subjetiva de subordinación (en realidad, es gracias a ello como se ha podido ejercer el adultocentrismo sin ambages durante tanto tiempo). Sin embargo, en mi opinión, y a la luz de las reflexiones previas, sí existe una situación estructural de subordinación, precisamente a raíz de los mandatos capitalistas (formas concretas de desarrollar trabajos monetarizados concretos, con sus horarios, con sus restricciones, etc.), tanto en madres que paren como en las criaturas que son paridas³⁵. Que la situación estructural no permita ciertas pautas de crianza y amamantamiento, o al menos no las favorezca en absoluto, supone subordinar determinados valores de cuidado y crianza a valores de eficacia productiva, por ejemplo.

Como señala Gramsci "las clases subalternas sufren siempre la iniciativa de la clase dominante, aun cuando se rebelan" (en Modonesi, 2012, 5). En el caso de los menores, dicha rebelión no puede suceder salvo cuando se llega a ser realmente capaz de la misma, básicamente en la adolescencia; sin embargo, más adelante sucede exactamente igual que otras situaciones de dominación: la internalización de los valores propuestos por los que dominan o conducen moral e intelectualmente el proceso histórico (ibíd.). Ello sucede también, con frecuencia, en el caso de las madres que desearon amamantar y a quienes convencieron que no era factible, por múltiples motivos.

Regresando a la cuestión del relativismo, ahora, como decíamos ya es debate público cómo tratarse en pareja y hablamos de malos y buenos tratos, legislamos, instauramos la esfera de la justicia también en el hogar, antes liberada de ella. Por fortuna. Sin embargo, sigue ausente de un modo patente y manifiesto en los debates sobre la teta el hecho palmario de que tratamos de una cuestión ética, con un fondo ético. ¿Es absolutamente irrelevante e intercambiable para una criatura que nace ser o no lactada por/con su madre –insisto en la cuestión de la trans-corporalidad? ¿Cabe un relativismo absoluto sobre ello? En diversos lugares se relativiza sobre los supuestos beneficios de una crianza apegada donde la lactancia sea prioritaria (Bobel, 2001; Imaz, 2010), lo cual difiere de o parece ignorar deliberadamente la ingente cantidad de bibliografía al respecto (Cyrulnik, 2002, 174ss; Pérez Ruiz, 2014³⁶), mientras que no se ignora la bibliografía y las evidencias similares con respecto a otras cuestiones de salud física, psicológica, etc. O se habla de la crianza con apego como si fuera una especie de invento original³⁷ de cuatro madres “talibanas de la teta³⁸” (una expresión peyorativa, análoga a la del uso de metáforas como “aluvión” para referirse a la migración, que a menudo es reapropiada por las lactivistas), cuando la realidad es que elementos clave de este tipo de crianza han sido lo habitual en la mayoría de sociedades del mundo, como el colecho, la lactancia prolongada o el porteo.

Existiendo tantos datos fidedignos acerca de los inmensos beneficios (biológicos pero no solo) que lactar implica para la criatura (también para la madre, insisto), entonces estamos hablando de derechos... y de justicia, y de ética, y hay que reclamar esta esfera para este debate. En tanto que los beneficios de la lactancia son también para la madre, hace ya tiempo que vengo reclamando la teta desde el feminismo, como un derecho – y una potencialidad- específicamente reclamable desde el feminismo. Es evidente que, desde una reflexión feminista y de género, el asunto de la lactancia debe de ser problematizado por cuanto ha implicado su asunción en un mundo patriarcal, con una epistemología y una cosmovisión patriarcales, y así ha sido. Sin embargo, continúo pensando que la dimensión ética, más allá de un relativismo cultural, resulta hoy ineludible, a la luz de los datos aportados por la profusa investigación biomédica, psicológica, etnográfica y social, en general, llevada a cabo para comprender la fisiología y la cultura de la lactancia, y hasta qué punto es conveniente para las y los lactantes (adultas y menores).

Solo hay alteridad porque hay poder, y la alteridad de la alteridad la representan los menores, para cualquier cultura; en el caso que nos ocupa, los menores más menores, es decir, los lactantes. No pretendemos sino abriarnos paso a través de los discursos canónicos, reunir la diversidad de adscripciones contradictorias, en la frontera de los discursos. Del mismo modo que ciertos sectores conservadores pretenden apropiarse la causa de la diversidad funcional (Moscoso, 2014), así el pecho desde ciertos feminismos ha sido ampliamente criticado por conservador,

cuando en realidad hallamos –en general, por mostrar un ejemplo significativo– una baja incidencia de lactancia en grupos neoconservadores como puedan ser las comunidades neocatecumenales, de creciente predicamento en muchos lugares de España.

La razón de que estos grupos, entre otros, no lacten mucho (ni mucho tiempo) es, fundamentalmente, que privilegian un pronatalismo, de un lado, y un vínculo matrimonial fuerte, de otro lado, frente a la prioridad de la lactancia³⁹: querer tener otro bebé muy pronto, tras un nacimiento, implica por necesidad no lactar mucho tiempo⁴⁰; por otro lado, establecer un vínculo prolongado y fuerte entre madre y bebé limita el vínculo de la madre con la pareja adulta, que debe ser muy fuerte y preservado para evitar divorcios (estos grupos suelen realizar con frecuencia convivencias donde los matrimonios dejan en casa a los menores durante un fin de semana, por ejemplo, para estrechar lazos de pareja; una lactancia de dos o tres años sería incompatible con alejarse varios días del lactante en una situación así). Dicho de otro modo, la búsqueda de una (aparente) independencia temprana, a través de una crianza más desapegada es, precisamente, frecuente en ideologías conservadoras⁴¹; frente a ello, en mi etnografía encuentro que la mayoría de personas involucradas en movimientos lactivistas forman parte de tendencias fuertemente contraculturales con respecto del capitalismo financiero o corrientes religiosas hegemónicas, por ejemplo.

Por otro lado, en críticas como las de Celia Amorós (2010) (siguiendo a Badinter -2011- en realidad) sobre la nueva naturalización de la crianza y los efectos acción-reacción, encuentro, en realidad, pronunciamientos desde un profundo desconocimiento de la práctica lactante en todas sus facetas, ya no porque se haya o no practicado en primera persona (lo que no es necesario para considerar racionalmente un hecho; cfr. Waring, 1994), sino porque, sencillamente, no se conoce en sí misma salvo por alusión y asimilación a la noción tradicional de lo que sea o haya sido la lactancia materna –insisto, en un mundo de cosmovisión patriarcal⁴²–. Así, hablar de una naturalización simplemente es un craso reduccionismo, porque la lactancia materna no se explica solamente a través de esa categoría, claramente insuficiente para ilustrarla, a la luz de diversos ejemplos y argumentaciones aquí sostenidos.

En cuanto a la frecuente descripción del efecto acción-reacción (como si fuera una cuestión de que ahora “toca” que “regrese” el boomerang de la reacción al biberón, ensalzándose “de nuevo” una lactancia natural, etc.), continúa siendo claramente inexacta y, de nuevo, reduccionista. Sostengo que, a la base de estas críticas, se halla la razón patriarcal mandando sobre la teta; muy subrepticia, muy afinada, casi imperceptible, pero ahí está, porque el significado último de aquellas argumentaciones nace de una sola consideración: la lactancia materna en sí no es algo demasiado importante. Y esta consideración no tiene una sola explicación fuera de la razón patriarcal. Nunca se ha realizado una consideración y un estudio de la lactancia materna, más allá de su mera reducción histórica y fisiológica, que haya

aparejado una reivindicación política tal y como hoy sucede. Nunca. Esto nunca ha sucedido, insisto: la cultura de lactancia materna que hoy experimentamos es inédita. Cuando las *ci-devant* (antiguas nobles) francesas tras la revolución de 1789 daban la teta en público, luciendo sus modelos neoclásicos en el vestir que dejaban un pecho al descubierto imitando a las Amazonas, no lo hacían por ética hacia sus bebés, o por ética social, sino por lucir un estilo y una moda del momento, y tenían a sus nodrizas apostadas convenientemente entre bastidores para soltar a sus criaturas tan pronto como tales modas del momento lo permitieran. De hecho, las personas pudientes continuaron pagando nodrizas para criar a sus bebés. Y aquello no pasó de una mera moda estética. Lo que sucede hoy no es en absoluto asimilable a aquello, entre otros ejemplos posibles⁴³.

Por otro lado, lo que implica la lactancia humana no debe ser reducido a los términos de una mera moda o no. El padre de la comunicación noviolenta y empática, Rosenberg (2006) (entre tantos otros expertos), señala cómo los modos de comunicación que establecemos ya desde el nacimiento implicarán nuestras futuras habilidades democráticas o de resolución pacífica de un conflicto, desde lo cotidiano personal a lo interestatal. Alimentar a base de biberones de fórmula, con un horario fijo (o encerrar en una cuna a solas, a pesar del llanto desatado), quiera o no quiera su destinatario, es un modo autoritario de relacionarse con un ser humano en una posición subordinada a la de un adulto -una forma de administración de los cuerpos-, frente a la igual consideración de intereses que supone la lactancia a demanda -con derechos reconocidos por supuesto.

¿Por qué el lactivismo se ha constituido, finalmente, en un auténtico movimiento social? A mi entender, ello se debe a la complejidad del hecho que lo motiva: la lactancia materna, hasta ahora reducida al elemento biológico, incluso por los propios textos feministas, a menudo, desde las ciencias sociales. En ellos ha venido sucediendo bien un escamoteo de lo cultural que habita en la lactancia, un despojo de atributos histórico-culturales, o bien un mero reconocimiento, muy selectivo, del elemento represivo o de control que se ejerció sobre la práctica lactante través de políticas, por ejemplo, de exaltación de la virtud femenina franquista por la cual la mujer debía dar el pecho “por obligación” y sin salir de su casa, asimilándose a ello que tampoco debía trabajar fuera de casa. Ello es criticado, así, sin mayores análisis, como consustancial al hecho de la lactancia, de modo que la única alternativa a dejar de padecer ese yugo fuera limitar la lactancia en sí; es decir, según una clásica falacia *post hoc* (Massó Guijarro, 2013a), como si fuera la lactancia en sí misma la que produjera discriminación, en lugar del entorno político; y, por tanto, concluyéndose que lo mejor es que no se hable mucho del tema salvo si es para criticar el hecho en sí de “la teta”.

Pero eso es una falacia, del mismo modo que lo sería reducir hoy el cuidado, en el vasto campo de los estudios al respecto, a la manipulación que hizo del mismo el franquismo confinándolo a una esfera doméstica y femenina, y desacreditándolo, en

realidad, en tanto que lo dejaba fuera de lo masculino, lo poderoso, lo monetarizable, lo político, etc.; del mismo modo que es una falacia reducir la lactancia a un tipo de tarea doméstica, ya que entonces estaríamos asumiendo acríticamente la división entre trabajo productivo y no productivo⁴⁴ (Waring, 1994), entre domos-esfera pública, y por ende entre naturaleza y cultura, que son los pilares de la concepción moderna y posmoderna del mundo en Occidente. (Pocas veces pisé tanto la calle, o los aviones, como cuando me movía con mi lactante de pocos meses a todas partes).

Hoy reconocemos cadenas transnacionales del cuidado, y entendemos que una madre dominicana trabajadora del sexo en España cuida, de facto, a sus criaturas en Santo Domingo con su familia extensa, no solamente en el locutorio sino porque está ejerciendo el cuidado de otro modo. Análogamente a ello, en el trabajo de campo he conocido a muchos hombres (padres compañeros) que "amamantan" (o parejas femeninas, o abuelas): lo hacen cuando facilitan todas las condiciones de posibilidad para que la madre pueda amamantar⁴⁵. Por ello el lactivismo siempre habla del "triángulo de la lactancia", donde el tercer elemento (aparte de madre y bebé) es aquel que facilita la condición de posibilidad (familia extensa, parejas...), a la par que siempre se apareja una reclamación muy potente de derechos a través de políticas públicas que hoy, todavía, estamos muy lejos de disfrutar.

Pareciera que la pregunta última que subyace en estos debates es algo así como "pero, entonces, ¿dar teta es feminista o no?", para quedarnos tranquilas, demos o no demos teta, sobre si somos feministas; de nuevo, constituyendo este rótulo como una especie de fin en sí.

No soy la primera ni la última que vincula las limitaciones a la lactancia y la crianza con apego con la lógica productiva del capital. Pero muchas feministas parecen estar más dispuestas a cuestionar la voluntad de muchas personas madres que la voluntad del capital y del mercado de trabajo, que por otro lado se ha revelado ya como insostenible (Klein, 2015). De lo que hablamos aquí es, antes bien, de lo que sigue en unas palabras cuya expresión yo no aspiro a mejorar:

"El feminismo primario de la "igualdad" (que el sociólogo español Jesús Ibáñez llama "feminismo converso"); el que dice que la "realización" de la mujer debe suponer incorporarnos al trabajo 5 días después del parto (como hizo alguna ministra francesa), sin huellas corporales de la maternidad; el que dice que la realización personal solo puede provenir del éxito profesional tal como lo entendemos hoy; y que todos, hombres y mujeres debemos salir de casa a las 7 de la mañana y volver a las 9 de la noche, mientras nuestros hijos los cuidan otros⁴⁶; ESE PARA MÍ, SIGNIFICA LA GRAN VICTORIA DEL SISTEMA PATRIARCAL. Así, el sistema patriarcal únicamente enfocado a la producción, al consumo, al dominio de unos hombres sobre otros, a la explotación de la fuerza de trabajo humana, a la riqueza material, a la competitividad, a lo público, a la velocidad, a la racionalidad, a la

explotación de los recursos naturales... obtiene su total hegemonía, con total complicidad de los hegemonizados, como suele ocurrir" (Medina Hernández, 2009b) [Se ha respetado el énfasis de mayúsculas de la autora].

Lo verdaderamente revolucionario y explosivo (feminista, si se quiere, o más allá, como precisa hooks), es luchar porque la sociedad occidental considere como igualmente valiosos los valores que hasta ahora han sido considerados "inferiores": "la reproducción, la maternidad, el parto, la lactancia materna, la crianza, el apego, la seducción, las emociones, el placer, el cuidado, los afectos, la lentitud, la vida privada, la libertad más íntima y subjetiva de la familia como espacio nutricio y afectivo, responsable primera y última de la educación y la nutrición emocional de nuestros hijos", como precisa, nuevamente, Medina Hernández (ibíd.). O, en el monográfico del que forma parte este artículo, la maternalización defendida por Catalá.

7. [Reflexiones finales] Cuerpos lactantes, (trans) corporalidades disidentes: "las otras inapropiables", la teta decolonial

"El pecho ha sido, y seguirá siendo, un indicador de los valores de la sociedad" (Yalom, 1997, 325).

"¡Qué alegría tiene el hondo / silencio de la calleja! / Un silencio hecho pedazos / por risas de plata nueva" (García Lorca, 1978; fragmento del poema "Canción primaveral").

¿Por qué la teta puede cambiar el mundo, como dice el lactivismo? ¿Tan relevante es lo que hagamos con nuestras criaturas en nuestras casas (y fuera de ellas), con nuestros cuerpos, con nuestras tetas? Estas ideas se enmarcan en una consideración ampliada de lo que es político y de lo que es intervenir, y de la concepción de que se cambia el mundo cada día en la transformación de valores cotidianos. En esa medida, es solamente en las experiencias de cotidianidad como podemos explorar esas tantas nuevas formas de proteger y validar nuestros pechos que dice Yalom (1997, 325) y hallamos en el lactivismo. Isasi-Díaz (2003, 365-366) ha recreado la importancia de lo cotidiano, la cotidianidad, como elemento central de toda realidad:

"¿Por qué no se da importancia al hecho de que es sólo a partir de lo cotidiano como podemos entrar en el mundo de las estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas, que es sólo a partir del significado que se le da a la realidad cotidiana, a su instituciones y a los valores culturales que expresa [...]?".

Ella explica este olvido por la perduración de la errónea separación entre la esfera personal y la política, entre mundo doméstico y trabajo remunerado, entre lo privado y lo público; en fin, la manera dualística moderna de concebir la realidad y, por ende, lo personal, lo cotidiano y el mundo doméstico como menos importantes, en tanto que

elementos “no contributivos” para los cambios estructurales. Los derroteros que adopta la idea de Isasi-Díaz, como sucede en el lactivismo, se orientan a la reivindicación de la esfera cotidiana para las transformaciones estructurales utópicas que se proponen desde la antiglobalización (también en aspectos éticos y estéticos): “Nuestro empeño va mucho más allá: propone una hermenéutica y epistemología críticas a partir de la realidad que viven los más excluidos de la sociedad: mujeres” (ibíd.: 367).

La vindicación de la lactancia hoy posee incontestables argumentos que podríamos llamar “nutricionales”, por un lado, pero sus razones más potentes son, a mi entender, de otra índole, o tienen que ver con una nutrición no solamente fisiológica, con una concepción metafórica y muy ampliada de esa nutrición. El lactivismo supone un desafío reevaluador de los espacios privados y públicos en relación con el ejercicio laboral, lo que sitúa la lactancia en una posición crítica con respecto a la producción capitalista y el modelo de crecimiento sin fin. Supone, además, una reclamación de que la lactancia materna en sí misma sea considerada un trabajo, prestigioso además, monetarizado por supuesto (si persistimos en el dinero como única moneda de prestigio e intercambio), en el marco general de la crianza, en tanto que es generadora de riqueza social, de capital social y humano altamente valiosos. Todo ello posee a la base la consideración de que el tratamiento de los seres humanos desde su origen en la interacción social (es decir, el nacimiento) ha de ser motivo de reflexión ética profundo, en tanto que sienta la base emocional de cómo serán las personas adultas que desarrollarán la generación siguiente, y cómo serán las políticas, de toda índole, que serán capaces de crear y ejecutar.

Yalom (1997) distinguía, entre las variadas asunciones cognitivo-históricas de lo que sea el pecho femenino, entre ocho “categorías” posibles, a saber, el pecho sagrado, erótico, doméstico, político, psicológico, comercializado, medicinal y liberado. Precisamente, mi enfoque, en la estela decolonial, busca una mirada descolonizada (o decolonial⁴⁷) de la teta, que en realidad se convierte en una mirada holística o fractálica. A raíz de mi trabajo sobre lactancia materna, encuentro que esta supone una facticidad tal, una experiencia tan compleja, que aúna, en primer lugar, lo erótico (no deslindado necesariamente de la nutrición, y sí del erotismo sexual adulto⁴⁸), lo doméstico y lo político, subvirtiendo o desactivando la diferenciación entre estas categorías. Así, por ejemplo, la oposición entre “pecho erótico”, “pecho político” o “pecho doméstico”, pierde sentido en la experiencia lactante-lactivista, donde se reclama que el vínculo lactante –la corporalidad– es carnalmente “erótica” (en un sentido distinto del que supone el pecho femenino confinado al placer adulto, masculino mayoritariamente) y es, también, de una poderosa manera, político, en tanto que vehicula necesidades sociales y de transformación de primer orden; y, finalmente, la diferenciación entre la esfera doméstica y la esfera política constituye hoy una ficción que se desdibuja.

Quedan muchas cuestiones pendientes que afrontar en la reflexión y el análisis sobre la teta. Una de gran interés, creo que aún en buena medida pendiente, es el

de la terminología o nomenclatura en torno a la lactancia misma⁴⁹; lo que podemos llamar el “lenguaje de la teta”. Cuando algo comienza revolverse, lo hace también en sus términos, en su (s) lengua (s); como nos enseñó el gran Wittgenstein, los límites del lenguaje son los límites de mi mundo, y no en vano asistimos a un momento de neologismos, reutilizaciones, reivindicaciones (o como afirma Sousa Santos -2015-, muchas alternativas no se pueden nombrar en las lenguas coloniales). En castellano hablamos de lactar, amamantar, dar el pecho, dar la teta; el inglés “breastfeeding”, mucho más reduccionista, hace referencia directa a la cuestión de la nutrición, del mero alimentar; es, literalmente, “alimentación de pecho”, existiendo también “lactation” y el, polisémico de un modo interesante, “nurse”, significando tanto un genérico “cuidar” como un muy específico “lactar”, con el matiz también reduccionista de “nutrir” (y dejando a un lado el significado más habitual, aunque igualmente nada baladí, de “enfermera”).

Para la mayoría de lactivistas y madres lactantes que conozco, dar la teta es sin embargo mucho más que una “alimentación de pecho”, una “breastfeeding”, entendiendo la alimentación como estrictamente fisiológica o nutricional. En realidad, si se asumiera un sentido más metafórico del término (“alimentación” también en sentido emocional), es probable que las lactantes se vieran mejor reconocidas en aquél. Por otro lado, ese mismo término, “lactante”, en castellano a menudo ha sido usado solamente para el bebé o la criatura, siendo “lactante” sin embargo también la madre; decimos además “lactante” para ambos casos (no “lactante” la madre y “lactado” el bebé, por ejemplo): usar el mismo término, como algo recíproco que sucede a la par de modo necesario, no es casual.

Acaso uno de los “campos de la teta” donde mayor reflejo ideológico o valorativo encontremos (e igualmente un campo aún necesitado de exploración detenida) es el llamado “destete”: el cómo se habla del destete, sus modos y modelos, y las variadísimas formas, costumbres y mandatos culturales al respecto del mismo. En general, el lenguaje sobre el destete suele reflejar unidireccionalidad en expresiones como “se la quité [la teta al bebé]”; sin embargo, como con tantos otros temas, en el lactivismo asistimos cada vez más a nuevos usos y costumbres de vocación cada vez menos adultocéntrica y más negociada y dialogada; expresiones como “nos destetamos”, que inspiran reciprocidad u equiparación; o “lo hablamos y lo decidimos”, o “se lo expliqué [la mamá a la criatura]”. Incluso –como se mencionó– encontramos una voz de creciente predicamento, como es la de “lactancia interrumpida”, en la que se halla implícito el matiz relacional-erótico de lo que supone la corporalidad lactante entre sus protagonistas; frente a ello, lo que se reclama es una “lactancia materna no interrumpida⁵⁰”, o al menos no por factores disruptores externos que no son los escogidos por los cuerpos lactantes (entorno/parejas que no apoyan, falta de políticas públicas de sostén, etc.).

Y con los cuerpos lactantes, y con el reconocimiento de tantos flecos pendientes, vamos finalizando, invocando, desde la postulación de la teta decolonial, a las protagonistas

de las (trans) corporalidades disidentes como aquellas otras inapropiables (hooks et al, 2010) que los feminismos menos canónicos, acaso menos ilustrados pero más realistas, acaso desde las diásporas de la vieja Ilustración, indudablemente desde las fronteras, han ya descrito y cantado.

A mi madre, que confía en la teta, y a mis hijos, que le han dado vida.

Bibliografía

- Amorós, Celia (2010), "Maternidad maximalista y huelgas demográficas", El País, 09/10/2010: http://elpais.com/diario/2010/10/09/babelia/1286583174_850215.html
- Aparicio, José María (2009), "Coste económico, coste en salud", Mesa Redonda "Repercusiones de no amamantar", VI Congreso FEDALMA "Lactancia materna: más que un alimento", Palma de Mallorca, 26-27 junio 2009
- Augé, Marc (2004), ¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines, Barcelona, Gedisa
- Ausona Bieto, Marta (2013), "Lactancia materna de larga duración o cómo la tradición innova". En Marre, Diana y Bestard, Joan (eds.), Maternidades, procreación y crianza en transformación. Barcelona, Bellaterra, 57-78
- Avishai, Orit (2004), "At the Pump: Lactating Bodies at Work", *Journal of the Association for Research on Mothering*, 6-2: 138-149
- Avishai, Orit (2007), "Managing the lactating body: the breast-feeding project and privileged motherhood", *Qualitative Sociology*, 30-2: 135-152
- Badinter, Elisabeth (2011), La mujer y la madre, Madrid, Plaza Edición
- Bartlett, Alison (2000), "Thinking through breasts: writing maternity", *Feminist Theory*, 1: 173-188
- Bartlett, Alison (2012), "Breastfeeding bodies and choice in late capitalism", *Hecate*, 07/02/2012: http://findarticles.com/p/articles/mi_hb6655/is_2_29/ai_n29058171/pg_7/?tag=content;col1
- Blázquez Rodríguez, Maribel (2009), "Ideologías y prácticas de género en la atención sanitaria del embarazo, parto y puerperio: el caso del área 12 de la Comunidad de Madrid", Tesis doctoral, Universidad Rovira y Virgili
- Bobel, Christina G (2001), The paradox of natural mothering, Temple: Temple University Press
- Burgaleta Pérez, Elena (2011), "Género, identidad y consumo: las "nuevas maternidades" en España", Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid
- Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (eds.) (2011), *El giro decolonial*. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global, Madrid: Siglo del Hombre Editores
- Cavalieri, Paola y Singer, Peter (1998), El proyecto "Gran Simio": la igualdad más allá de la humanidad, Madrid, Trotta
- Crenshaw, Kimberlé W. (1991), "Mapping the margins: intersectionality, identity politics, and violence against women of color", *Stanford Law Review*, 43-6: 1241-1299
- Cuadra Garrido, Alba (2015), "La vida en la teta y el biberón en la despensa", Máster de Estudios Interdisciplinarios de Género de la Universidad Autónoma de Madrid: <http://www.pikaramagazine.com/2015/04/lactancia-feminista/>
- Cyrulnik, Boris (2002), El encantamiento del mundo, Barcelona, Gedisa

- Cyrulnik, Boris y Morin, Edgar (2005), *Diálogos sobre la naturaleza humana*, Barcelona: Paidós
- Descola, Philippe (2012), *Más allá de la naturaleza y la cultura*, Madrid, Amorrortu
- Dettwyler, Katherine A. y Stuart-Macadam, Patricia (1995), *Breastfeeding: Biocultural Perspectives*, Nueva York, Aldine de Gruyter Press
- Esteban Galarza, Mari Luz (1999), "A favor de las malas madres", *Hika*, 98: 28-30
- Esteban Galarza, Mari Luz (2000), La maternidad como cultura. En Comelles, Josep M. y Perdiguero, Enrique (eds.), *Medicina y cultura: estudios entre la antropología y la medicina*, Barcelona, Bellaterra
- Fanon, Frantz (2009), *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, Akal
- Figueras, Alberto (2010), *Ubuntu. Sudáfrica. El triunfo de la concordia*, Barcelona, Plataforma Editorial
- García Lorca, Federico (1978), *Libro de poemas. Obras Completas I*, Madrid, Editorial Aguilar
- Gimeno, Beatriz (2011), "Estoy en contra de la lactancia materna", *Píkara Magazine*: <http://www.pikaramagazine.com/2011/10/estoy-en-contra-de-la-lactancia-materna/#sthash.eIgACGKf.dpuf>
- González, Carlos (2006), *Un regalo para toda la vida. Guía de la lactancia materna*, Madrid, Temas de Hoy
- Gramsci, Antonio (2000), *Cuadernos de la cárcel*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 2000
- Guzmán Castillo, Francisco; Toboso Martín, Mario Alfonso y Romañach Cabrero, Javier (2009), "Fundamentos éticos para la promoción de la autonomía y la inter-dependencia: la erradicación de la dependencia", *Congreso Treinta años de Estado de Bienestar en España: logros y retos para el futuro*, Oviedo, España, 5-7 noviembre 2009
- Hausman, Bernice L. (2007), "Things (Not) to do with breasts in public: maternal embodiment and the biocultural politics of infant feeding", *New Literary History*, 38-3: 479-504
- Hernáiz Gómez, Luis Y Saiz Puente, María Soledad (2010), *La vida láctea: historia del amamantamiento*, Madrid, Foren21 Formación
- Hooks, bell et al (2010), *Otras inapropiables: feminismos desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de sueños, 2010
- Imaz, Elixabete (2010), *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*, Madrid, Cátedra
- Isasi-Díaz, Ada María (2003), "Lo cotidiano, elemento intrínseco de la realidad", en Fornet-Betancourt, Raúl (ed.): *Resistencia y solidaridad. Globalización capitalista y liberación*, Madrid, Trotta, 365-384
- Klein, Naomi (2015), *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*, Madrid, Paidós Ibérica
- LaFollette, Hugh (2000), "Las relaciones personales", en Singer, Peter (ed.), *Compendio de ética*, Madrid, Alianza Editorial, 449-465
- Lagarde y de los Ríos, Marcela (2011), *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Madrid, Horas y Horas
- Latouche, Serge (2008), *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Barcelona, Icaria Antrazyt
- Lévinas, Emmanuel (2011), *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Salamanca, Sígueme
- Long, Mireia et al (2014), *Una nueva paternidad*, Madrid, Pedagogía Blanca
- Lozano de la Torre, María José (2010), "No hay que tener miedo de hablar de los riesgos de no amamantar", *El Diario de Cantabria*, 11-17/12/2010
- Maher, Vanessa (1995), *The anthropology of breast-feeding. Natural law or social construct*, United Kingdom, Berg
- Massó Guijarro, Ester (2009), "Ubuntu, satyagraha y derechos humanos. Policentrismo de fuentes en la (cultura de) paz", *Iztapalapa*, 30- 66: 185-202

- Massó Guijarro, Ester (2010), "Crianza, socialización y derechos humanos: reflexiones en una sociedad posindustrial", *Nómadas*, 125
- Massó Guijarro, Ester (2013a), "Lactancia materna y revolución, o la teta como insumisión biocultural: calostro, cuerpo y cuidado", *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, 11: 169-206
- Massó Guijarro, Ester (2013b), "Deseo lactante: Sexualidad y política en el lactivismo contemporáneo", *Revista de Antropología Experimental*, 13: 515-529
- Massó Guijarro, Ester (2015), "Lactivismo contemporáneo en España: ¿una nueva marea sociopolítica?", *Journal of Spanish Cultural Studies*, 16/2
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco (1990), *El árbol del conocimiento*, Madrid: Debate
- Medina Hernández, Ileana (2009a), "La culpa de Eva", blog "Tenemos tetas. Maternidad impúdica", 13/05/2009: <http://www.tenemostetas.com/2009/05/la-culpa-de-eva.html>
- Medina Hernández, Ileana (2009b), "Crianza con apego: psicoanálisis, feminismo y neurobiología", blog "Tenemos tetas. Maternidad impúdica", 10/12/2009: <http://www.tenemostetas.com/2009/12/crianza-con-apego-psychoanalysis.html>
- Medina Hernández, Ileana (2010), "Elisabeth Badinter: las claves del debate", blog "Tenemos tetas. Maternidad impúdica", 06/05/2010: <http://www.tenemostetas.com/2010/05/elisabeth-badinter-las-claves-del.html>
- Miguel Álvarez, Ana de (2014) "La dialéctica de la Teoría Feminista: lo que nos une, lo que nos separa, lo que nos hace avanzar", *Daimon*, 63: 191-204
- Modonesi, Massino (2012), *Subalternidad*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México
- Morin, Edgar (2001), *La mente bien ordenada*, Barcelona, Seix Barral
- Moscoso, Melania (2014), "No en mi nombre", *Píkara Magazine*: <http://www.pikaramagazine.com/2014/01/no-en-mi-nombre/>
- Mouffe, Chantal (1992), "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", en AAVV, *Ciudadanía y feminismo*, México, Debate feminista
- Nohemí (2010): "Lactancia no interrumpida o "sobre cómo cuidar nuestro lenguaje", blog "Mimos y teta", 09/09/2010: <http://mimosytetablog.com/lactancia-no-interrumpida-o-sobre-como-cuidar-nuestro-lenguaje/>
- Northrup, Christiane (1994), *Cuerpo de mujer, sabiduría de mujer. Una guía para la salud física y emocional*, Barcelona, Urano
- Odent, Michel (2007), *El bebé es un mamífero*, Tenerife, Editorial Ob Stare
- Paricio Talayero, José María (2015), "La importancia de la lactancia en nuestra sociedad. Mito o realidad", VIII Congreso Español de Lactancia Materna, 26-28 febrero 2015, Bilbao
- Paricio Talayero, José María et al (1999), "Lactancia materna: conocimientos, actitudes y ambigüedad sociocultural", *Atención Primaria*, 24-6:337-43
- Pérez Ruiz, Juan Manuel (2014), "Influencia del periodo de lactancia sobre el desarrollo cognitivo de los hijos valorado a los seis años de vida", Tesis doctoral, Universidad de Granada
- Público (2015), "Naomi Klein: "El cambio climático es la narrativa más poderosa contra el capitalismo"", 26/03/2015: <http://www.publico.es/culturas/naomi-klein-cambio-climatico-narrativa.html?src=lacronicadelpajarito>
- Reichert, Evânia (2008), *Infancia, la edad sagrada*, Barcelona: Ediciones La Llave.
- Alonso Recarte, Claudia (2012): "Intersecting Spaces and Species: women's bodies and the domestic sphere in animal rights activism", *Investigaciones feministas: papeles de estudios de mujeres, feministas y de género*, 3: 85-98
- Rich, Adrienne (1986), *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Valencia, Cátedra

- Rosenberg, Marshall (2006), *Comunicación no violenta: un lenguaje de vida*, Madrid, Gran Aldea Editores
- Rosin, Hannah (2009), "The case against Breast-feeding», The Atlantic Magazine, www.theatlantic.com/magazine/archive/2009/04/the-case-against-breastfeeding/
- Scheper-Hugues, Nancy (1997), *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel
- Shaw, Rhonda (2004), "Performing Breastfeeding: Embodiment, Ethics and the Maternal Subject", *Feminist Review*, 78: "Empirical interrogations: Gender, 'race' and class", 99-116
- Singer, Peter (1993), *Practical Ethics*, Cambridge University Press, Cambridge
- Sousa Santos, Boaventura de (2003), *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia*, Bilbao, Desclée De Brouwer
- Sousa Santos, Boaventura de (2015), "Epistemologías del Sur: democratizar, descolonizar, desmercantilizar el saber y la sociedad", Conferencia pronunciada el 26/04/2015, Universidad de Granada
- Stearns, Cindy A. (2009), "The Work of Breastfeeding", *Women's Studies Quarterly*, 37-3-4 Mother: 63-80
- Third World Viewpoint (2003), "Desafío al capitalismo y al patriarcado", entrevista a bell hooks, 08/03/2003: <http://www.rebelion.org/hemeroteca/mujer/080303hooks.htm>
- Toledo, Víctor M. y Barrera-Bassols, Narciso (2008), *La Memoria Biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*, Barcelona, Icaria
- Villarmea, Stella (2015) "Normatividad y praxis en el uso emancipatorio del lenguaje: Aproximación desde la certeza en Wittgenstein", en D. Pérez Chico y J. V. Mayoral (eds.) *Wittgenstein y Sobre la Certeza: Nuevas perspectivas*. Madrid, Plaza y Valdés
- Villarmea Requejo, Stella (2012) "Innovación conceptual y activismo: a propósito del parto y del nacimiento normal", *Revista Ob Stare*, 20
- Waring, Marilyn (1994), *Si las mujeres contaran. Una nueva Economía Feminista*, Madrid, Vindicación Feminista
- Wolf, Jacqueline H. (2006), "What feminists can do for breastfeeding and what breastfeeding can do for feminists", *Signs*, 31-2: 397-424
- Wright, Anne L. et al (1993), "Cultural Interpretations and Intracultural Variability in Navajo Beliefs about Breastfeeding", *American Ethnologist*, 20-4: 781-796
- Yalom, Marilyn (1997), *Historia del pecho*, Barcelona, Tusquets
- Young, Iris Marion (2005), *Breasted experience. Throwing like a girl and other essays in feminist*. New York, Oxford University Press

Notas

1. Es el uso que popular, coloquial y afectivamente suelen darle las madres y criaturas lactantes, y muy del gusto lactivista, por cuanto implica de vindicación de subalternidad y apropiación del uso común que de él hacen las lactantes en lengua castellana (Massó Guijarro, 2013a, 2013b y 2015).
2. Tomando prestada una afortunada expresión de Villarmea Requejo (2012).
3. El análisis levinasiano (Lévinas, 2011) sobre cómo el rostro del otro nos constituye y la relevancia del papel de la subjetividad, es de gran interés para su aplicación aquí. Otra forma de análisis

- interesante sería la aplicación de la fenomenología a la lactancia, o el ensayo de una fenomenología lactante. Quedan, nuevamente, pendientes para el futuro.
4. Ver mis artículos en la bibliografía. Concretamente, se aborda un estudio más detenido sobre el lactivismo contemporáneo en España en Massó Guijarro (2015).
 5. La palestra que ha dado en llamarse “decolonialidad”, ese reclamo de la diversidad epistémica, me resulta de una singular utilidad para comprender esta revisión de tantos prejuicios ideológicos y distorsiones epistemológicas que se han extendido en torno a la teta, que en gran medida está contestando el lactivismo y que supusieron, a mi juicio, la base de la crítica feminista (de cierto sector del feminismo) a la práctica de la lactancia.
 6. Como preciso, con Stella Villarmeja, en la introducción del monográfico al que pertenece este trabajo.
 7. El término “lactancia no interrumpida” está imponiéndose últimamente en los foros lactivistas (blogs, redes sociales diversas) como énfasis en la vindicación del derecho a la relación lactante, así como la denuncia de los destetes no deseados o excesivamente tempranos, fruto de la falta de apoyos reales en políticas públicas. El eco que encontramos en la expresión “lactancia materna no interrumpida” con el clásico “coitus interruptus” es evidente, y no resulta casual que la lactancia sea una experiencia de corte sexual –aunque no suela “catalogarse” como tal-.
 8. Si bien hay mucho trabajo que hacer aún, ya existen interesantes estudios, bien recientes, sobre esta cuestión en nuestros contextos cercanos; ver por ejemplo Ausona Bieto (2013).
 9. Cfr. hooks et al (2010).
 10. Para una descripción más detallada del enfoque epistemológico-metodológico de mi investigación al respecto, puede consultarse Massó Guijarro (2013a: 177ss), donde se trata sobre lo que llamo “conversando el pecho”. En mi perspectiva destaca la importancia del elemento autobiográfico y autoetnográfico (desde lo íntimo a lo político), dada la propia naturaleza de los asuntos que tratamos; indudablemente, la experiencia del cáncer de mama de Marilyn Yalom debió influir de modo crucial en su fabulosa y rupturista monografía sobre el pecho. A todo ello también refiere Young (2005).
 11. Sin paginación en línea. Para no redundar en esta aclaración en situación análogas a lo largo de artículo, especifico que, siempre que en una cita literal no se indique paginación exacta, se deberá a que carezca de ella en los soportes electrónicos consultados.
 12. En los términos de Maher (1995), ley natural o construcción social.
 13. Cfr. Massó Guijarro (2015).
 14. Por cierto, que a pechos sin disposición para lactar en un momento dado se les puede inducir por medios farmacológicos y mecánicos; ver ejemplos en relactaciones o inducciones a la lactancia en adopciones o parejas lesbianas, para el caso del miembro de la pareja que no es la madre biológica; esto lo matizo para insistir en la deconstrucción del cuerpo que lacta como un cuerpo de mujer-madre en un sentido ideológico normativo y constriñente.
 15. Ver, en este mismo monográfico, los interesantes trabajos al respecto de Bellón y Fernández.
 16. El tabú del calostro es un gran ejemplo de ello (cf. Odent, 2007).
 17. “Ubuntu ngumuntu ngabantu” se puede traducir aproximadamente por “una persona sólo es persona a través de las otras personas” (Pattakos, en Figueras, 2010, 94). Este conjunto de valores se aproxima a filosofías como las de Lévinas y, claramente, a éticas de dimensiones globales o con pretensiones universalizantes como la retórica de los derechos humanos.
 18. Cyrulnik y Morin (2005) tratan, entre muchos otros, de esta cuestión.
 19. Ya nos recuerda Boaventura de Sousa Santos (2003, 171) que “la comprensión del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo”.
 20. Los vínculos del lactivismo con las subculturas y movimientos ecologistas y decrecentistas es muy relevante (Massó Guijarro, 2015). A su vez, los movimientos ambientalistas y anticapitalistas se ligan hoy por motivos descaradamente estructurales; no en vano afirma Klein (en “Público”,

2015) que “el cambio climático es la narrativa más poderosa contra el capitalismo”. En tanto que el lactivismo propone modelos de relaciones y desarrollo menos acelerados e hiperproductivos, las conexiones dialécticas entre estas formas de política contemporánea resultan nutridas.

21. Cfr. Rosin (2009), de modo paradigmático. Esta obviedad de respeto básico a la autonomía es explícita en muchos textos a favor de la lactancia materna; ver por ejemplo este que constituye la referencia en ámbito de divulgación en promoción de lactancia: González (2006). Otra afirmación tajante al respecto la encontramos así: “Si una madre decide alimentar a su hijo con leche artificial debe tener todo nuestro apoyo, pero antes debemos informarle bien de lo que conlleva el no lactar. A estas alturas ya no se trata tanto de hablar de los beneficios de la lactancia materna como de los inconvenientes de la lactancia artificial. No hay que tener miedo a hablar de los perjuicios y los inconvenientes del no amamantamiento” (Lozano de la Torre, 2010; ver también Aparicio, 2009).
22. Esta presión, como tal, no es muy bien documentada, o no lo está en absoluto (cfr. Bartlett, 2012), y en realidad, lo que a menudo hallamos es más bien la presión al contrario: falta de apoyo real (más allá del discurso políticamente correcto) y de reconocimiento al hecho de lactar. Cuestión bien diferente es que el modo como ciertos profesionales de la salud traten de promocionar la lactancia sea paternalista y poco acertado, algo fundamental que precisa de un tratamiento urgente y separado.
23. Podemos comprobar algunos de estos enfoques, en diversos grados, recogidos en las siguientes referencias del entorno español o contexto hispano: Blázquez Rodríguez (2009), Esteban Galarza (1999, 2010), Imaz (2010), Lagarde y de los Ríos (2011, 396ss). Internacionalmente, Elisabeth Badinter (2011) llega a hablar de la lactancia a demanda como una forma de esclavitud; otras denominaciones hipercríticas son “dictadura de la lactancia” o “fanatismo prolactancia” (en Burgaleta Pérez, 2011, 292ss), mientras que Rosin (2009) escribe abiertamente sobre la “lactancia materna fascista” (cfr. Massó Guijarro, 2015). Otra afirmación en la misma línea es la de la veterana filósofa feminista Celia Amorós (2010) sobre la obra de Badinter: “Elisabeth Badinter alerta contra las exigencias totalitarias dirigidas a unas madres a tiempo completo”. Términos como “fascista”, “totalitario” o “dictadura”, de una intensa carga política negativa, son usados con muy escaso aquilatamiento filosófico, a mi entender.
24. La condición “comprometida” de la elección también la ha reflejado muy bien Bartlett (2012).
25. Es el título escogido por Beatriz Gimeno para un post en Píkara que comienza así “En septiembre se ha celebrado la semana de la lactancia materna, uno de los asuntos que me pone de peor humor de los relacionados con las mujeres [...]”. En línea. <http://www.pikaramagazine.com/2011/10/estoy-en-contra-de-la-lactancia-materna/#sthash.iulo6v10.dpuf>. Otras expresiones o asunciones críticas, como “lactancia materna fascista” o “talibanas de la teta”, los he recogido en un artículo anterior (Massó Guijarro, 2015). En mi opinión, y la de muchas lactivistas, este análisis y su consiguiente denuncia no puede, por desgracia, ser más errado, incierto y tosco, ante la realidad de lo que sucede, que casi siempre, como argumentamos aquí, se trata mucho más de un desempoderamiento estructural de la madre que quiere amamantar y no puede por razones muy diversas (siempre enraizadas en el tándem patriarcado-capitalismo: falta de confianza en el propio cuerpo, falta de conocimientos adecuados, falta de cultura popular positiva al respecto y falta de apoyo en políticas públicas que financien permisos para lactancia-crianza). Es, en una palabra, el análisis de una outsider, que pierde todo cuerpo cuando una se aproxima al seno de estas realidades, cuando una tiene la “experiencia” (siguiendo la vieja diferenciación de la maternidad como experiencia y como institución, tan afortunada, de Rich -1986-).
26. Y aún asumiendo que se desee cargar el título de ironías críticas alejadas de lo políticamente correcto o buenismos sospechosos.
27. Para profundizar en este tema, las reflexiones de Medina Hernández (2009a y 2010) resultan de gran lucidez.
28. Cuestión bien diferente, como ya apunté más arriba, es que este sistema sanitario con frecuencia no use los mejores métodos para promocionar la lactancia, y sus medios de promoción sean jerárquicos y paternalistas en lugar de promotores de la autonomía, como sucede con otros campos de la salud pública (la obstetricia en general o, por ejemplo, algo tan concreto como las “regañinas” del médico tradicional ante un paciente que fuma y expresiones como “no me fume

usted"). Esto requiere un estudio detenido y, probablemente, deba ser asunto de un proyecto largo a gran escala. Por ejemplo, es fundamental que los carteles de promoción de lactancia colgados en los centros de atención primaria no muestren solo a una madre dando el pecho, sino que incidan en la necesidad crucial del apoyo alrededor (vg., la pareja en otro lado del dibujo fregando los platos o cuidado a otros menores). He tratado algo más de esta crítica, y de cómo la promoción de lactancia que realiza el lactivismo es rotundamente antipaternalista, en Massó Guijarro (2015), frente a la que suele realizar el establishment médico, y aunque ello esté experimentando una intensa transformación hoy en día.

29. En mi experiencia personal (como vegetariana militante, entre otras facetas), por lo general, los activistas animalistas o ecologistas, o desde luego los activistas de plataformas formalmente políticas, en absoluto suelen mostrar tal "respeto a la autonomía" por quienes no piensan del mismo modo: simplemente, los critican abierta y a menudo duramente (y aunque existen muchos paralelismos en cuanto a los reclamos; también grandes diferencias, por supuesto).
30. Pido disculpas por una cita tan prolongada, pero se habría perdido su tremenda elocuencia si hubiera sido fraccionada. Viniendo, además, esta constatación de la firma de una médica (Northrup es medical doctor, parte por tanto de un sector tradicionalmente no crítico con estos asuntos), y no una científica social feminista por ejemplo, pienso que aún amerita más fuerza en el contexto que nos ocupa.
31. Al respecto, véase por ejemplo el artículo de Catalá en este monográfico, o entradas en blogs como la que sigue: <http://www.elbalcondemateo.es/2014/04/los-padres-tambien-dan-la-teta/>
32. Aquí optamos, de entre todas las posibles metaéticas, por el enfoque de la igual consideración de intereses, según la versión utilitarista de Peter Singer (2003). Ver al respecto Massó Guijarro (2010).
33. Como se afirma siempre desde perspectivas éticas como la mencionada de Singer (2003), no se trata de "bajar el listón moral", por ejemplo cuando se discute sobre derechos animales defendiéndose que muchos animales presentan más complejidad cerebral que el homo sapiens en ciertas circunstancias: no se trata de "bajar" la inclusión del homo sapiens en el círculo de consideración moral, sino de ampliarlo a más especies, según un criterio no especista (a la par que no racista, no sexista...). Para el caso que nos ocupa, no se trata de "bajar el listón moral" haciendo que las madres se despreocupen más, sino haciendo lo que lúcidamente propone Catalá en este monográfico: promocionando que se ocupen más y también otros sectores (primordialmente los padres), además con la visión de que el cuidado como valor, especialmente el cuidado de la prole que se ha escogido procrear, beneficia a todas las partes involucradas. Ana de Miguel (2015: 192), y tantas otras, pone el énfasis en la cuestión de la reciprocidad: que tantas y tantas labores de cuidado, proyectos integrales de vida incluso, tengan lugar sin reciprocidad. Precisamente, lo que proponemos aquí no puede comprenderse si no es desde la reciprocidad. La teta en reciprocidad, por necesidad, en todos sus procesos de lactancia.
34. Cfr. LaFollette (2000) para la ética en las relaciones personales, por ejemplo.
35. Nuevamente remito a los diversos trabajos en este monográfico sobre violencia obstétrica, por ejemplo.
36. Cfr. Massó Guijarro (2015): allí recojo muchos trabajos recientes sobre la influencia del amamantamiento en un desarrollo óptimo del ser humano desde una perspectiva bio-psico-social. Los análisis de corte más etnográfico (Maher, 1995; Wright et al, 1993), y a pesar de la vocación relativista de la antropología, tampoco son ajenos a la relevancia de la lactancia para el ser humano. Recomendando también consultar las investigaciones expuestas en los congresos IHAN: <http://www.ihan.es/boletines-noticias-ihan/ponencias-y-publicaciones-congresos-ihan> ; concretamente, las más recientes expuestas en el último congreso de 2015, y donde se abunda en los riesgos (también en sociedades consideradas desarrolladas) de no amamantar, tanto para bebés como para madres; concretamente Paricio Talayero (2015) aporta datos fidedignos, a raíz del descenso de la lactancia materna, sobre el aumento de la morbilidad y la mortalidad infantil, de enfermedades crónicas (como las de origen autoinmune, asma, dermatitis atópica, diabetes tipo 1 y ciertas leucemias, así como obesidad, hipertensión e hipercolesterolemia), de dificultades en el desarrollo cognitivo emocional, costes económicos y ecológicos mayores. Cfr. también Paricio Talayero et al (1999) y Hausman (2007). Ignorar todo esto carece de justificación y de legitimación ética; el feminismo no puede ser tan romo ni tan sectario como para ello.

37. En muchos lugares se habla de que en la sociedad de hoy lactar es un “privilegio de madres de clase media-alta” o de una forma de “maternidad privilegiada” (Bobel, 2001; Avishai, 2004 y 2007). Sí, probablemente a ello nos ha conducido el capitalismo financiero, lo cual no significa que demos por bueno el modelo. No padecer estrés o un infarto prematuro podría ser considerado, siguiendo el mismo razonamiento, un privilegio de madres de aldeas africanas. Por otro lado, a menudo personas (madres y sus parejas, entornos...) que optan por lactancias prolongadas, cuidados personalizados, etc., lo hacen a costa de renunciar voluntariamente a modos de vida hiperconsumistas y capitalistas: las excedencias por cuidado y las reducciones de jornada implican una merma evidente en la capacidad de consumo: muchas de estas personas renuncian a poseer casas y vehículos en propiedad, compran ropa de segunda mano y un largo etcétera, para conseguir el vivir con menos decrecentista, lo que de nuevo nos conduce a la importante ligazón del lactivismo con el ecologismo y el decrecentismo en general (Massó Guijarro, 2015). Dicho de otro modo, personas con una baja renta escogida son a menudo las protagonistas de estos movimientos.
38. Internet ofrece un despliegue impresionante de lugares donde aparece esta expresión peyorativa; incluyo aquí dos a modo de muestra, el primero como ejemplo de uso insultante (<http://desmadreando.com/2012/03/06/la-liga-de-la-leche-en-formula/>) y el segundo como ejemplo de reapropiación crítica (<http://irenegarciaperulero.com/talibanas-de-la-teta/>). Probablemente la disputa no vea su fin, dado lo enconado de los debates y la frecuente falta de voluntad real de entendimiento.
39. Cfr. también Maher (1995, 6ss).
40. Tanto por la anovulación que suele provocar la lactancia a demanda cuanto por la alta atención que suele precisar una criatura menor si no se la institucionaliza pronto, etc.
41. Igualmente, la historiografía de la lactancia ha mostrado lo propio para el caso de las mujeres de clase alta que destetaban pronto o no lactaban en absoluto (Hernáiz Gómez y Sáiz Puente, 2010; Yalom, 1997).
42. Cabe la aclaración de que, por supuesto, no estoy haciendo referencias personales/biográficas ni sobre Amorós ni sobre Badinter.
43. La historiografía sobre lactancia es inmensa y muy compleja, siempre incompleta y revisión. Por ejemplo, el movimiento, señalado por Yalom (1997, 131ss) en su capítulo sobre el pecho “político” (“senos para la nación”) o el del pecho “doméstico” (ibíd., 115ss), pueden ser analizados desde perspectivas tan variadas como el feminismo, el humanismo, el anarquismo... Es cierto que, tal vez, lo más parecido a lo que hoy reclama el lactivismo fue el “pecho político” de los posrevolucionarios franceses, aunque la diferencia radical del lactivismo con respecto a aquel momento es que el activismo contemporáneo sobre la lactancia materna lo encabezan sus protagonistas directas, y no unos hombres ideólogos racionalistas que jamás experimentaron una mastitis o una muerte perinatal de su criatura. Tolstoi, pionero pacifista y vegetariano, fue también gran defensor de la lactancia materna, pero es dudoso pensar que su esposa, madre y cuidadora exclusiva de sus trece hijos, experimentara lo mismo que él al respecto.
44. Para abundar en la lactancia como trabajo, acudir a Stearns (2009).
45. Vuelvo a sugerir la consulta de: <http://www.elbalcondemateo.es/2014/04/los-padres-tambien-dan-la-teta/>
46. Mientras nuestros hijos los cuidan “profesionales” en instituciones, en una perversión de la idea de conciliación que en realidad es una externalización del cuidado en toda regla.
47. En los textos especializados suele distinguirse entre “poscolonial” y “decolonial”. No me identifico aquí con estas disputas dialécticas ya que el uso que realizamos de tales conceptos en nuestro contexto no las precisan. Dicho de otro modo, lo que deseo enfatizar, de un modo simbólico, es que el pecho o la teta se “descoloniza” de los valores clásicos patriarcales, en el sentido en que autores como Latouche (2008) hablan de la colonización del imaginario. En cierto modo, las reflexiones decoloniales nos ayudan a descolonizar los imaginarios, y todo ello es, por necesidad “cronológica”, poscolonial; no encuentro tal necesidad de disputa en la aplicación empírica de estos conceptos.

48. Yalom asimila en su estudio la clásica separación entre “teta para el bebé-nutricional” y “teta para el hombre-erótica”, mientras que el lactivismo reclama, como sabemos, una teta “erótica” (a la par que nutritiva) entre mamá y bebé, una forma de deseo corporal diferente.
49. Del mismo modo que otras autoras (vg. Villarmea Requejo, 2015, 2012) lo están haciendo con respecto al parto o al embarazo.
50. Un buen ejemplo de estos usos y análisis lo hallamos en Nohemí (2010).